



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: FRANCISCO MARCELO HURTADO ENRÍQUEZ, CC. 040148698-0, autor del trabajo de graduación intitulado: “ESTUDIO Y APROXIMACIÓN AL CONCEPTO SAUSSUREANO DE SIGNO LINGÜÍSTICO Y SU APORTE A LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA LACANIANA ACERCA DEL CONCEPTO DE SIGNIFICANTE, previa a la obtención del título profesional de PSICÓLOGO CLÍNICO, en la Facultad de Psicología

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, enero 2016

FRANCISCO MARCELO HURTADO ENRÍQUEZ

CC. 040148698-0

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
PSICÓLOGO CLÍNICO**

**“ESTUDIO Y APROXIMACIÓN AL CONCEPTO SAUSSUREANO
DE SIGNO LINGÜÍSTICO Y SU APORTE A LA CONSTRUCCIÓN
TEÓRICA LACANIANA ACERCA DEL CONCEPTO DE
SIGNIFICANTE”**

Francisco Marcelo Hurtado Enríquez

Directora: Mtr. Graciela Ramírez

QUITO, 2015

DEDICATORIA

“Son versos simplemente.

No para todos.

No para cualquiera.

Simplemente para nadie.”

(Peggy, mi madre)

AGRADECIMIENTO

Agradezco a mi familia, Peggy, Gaby, Marcelo, Dylan, Luther, Aozora y al resto de mi familia por todo su apoyo y por aguantar todo este tiempo de dedicación para el presente trabajo.

Agradezco a mi familia, Elisa, David, Estephy, Ceci y Alexandra por todo su soporte y sus constantes “¿ya terminaste la disertación?” y por resistir tantas preguntas y consultas.

Agradezco a mi directora, Graciela, por toda la guía, consejos, paciencia, espacio y tiempo compartidos en la elaboración de esta disertación, gracias.

Agradezco a mi yo y a mi sujeto, por continuar este proyecto escrito y no abandonarlo con todas las resistencias que el tema produjo.

Y, un especial agradecimiento a Elsa Andrade, por corregir teóricamente mis errores conceptuales, encuentro que me permitió avanzar y no desistir.

TABLA DE CONTENIDOS

DEDICATORIA	2
AGRADECIMIENTO.....	3
TABLA DE CONTENIDOS.....	4
RESUMEN.....	5
INTRODUCCIÓN	6
1.CAPÍTULO 1	7
DEFINICIÓN Y DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE SIGNO LINGÜÍSTICO DE SAUSSURE	7
1.1.Características del signo lingüístico.....	11
1.1.1.Arbitrariedad y linealidad.....	11
1.1.1.Inmutabilidad y mutabilidad	12
1.1.3 Sincronía y diacronía de la lengua	15
1.1.4 Relaciones sintagmáticas y relaciones asociativas	17
2.CAPÍTULO 2	19
DEFINICIÓN Y DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE SIGNIFICANTE DE LACAN	19
2.1 “Inconsciente estructurado como un lenguaje”	26
2.2 Lacan: metáfora y metonimia.....	28
3.CAPÍTULO 3	32
REFLEXIONES CRÍTICAS AL CONCEPTO DE SIGNIFICANTE EN SAUSSURE Y LACAN	32
3.1 La lingüística.....	34
3.2 El significante lacaniano y la linguistería	39
3.3 El significante, la clínica y el lazo social	41
3.4 Conclusiones	43
3.5 Recomendaciones.....	44
REFERENCIAS	45

RESUMEN

El propósito de esta disertación es tratar de establecer posibles encuentros y delimitar las diferencias teóricas en el uso y articulación del concepto de “significante”, concepto acuñado desde la lingüística por Ferdinand de Saussure y ampliamente revisado, trabajado y difundido en las formulaciones del psicoanalista Jacques Lacan desde una perspectiva que va más allá de una condición ontológica.

Cada teoría parte de un diseño específico de observaciones, axiomas y ejecuciones prácticas, y sin embargo, también puede adoptar, modificar y reestructurar conceptos tomados desde otros campos teóricos. Por eso, uno de los factores que motivan la realización de este trabajo es precisamente afinar las diferencias teóricas y los espacios limítrofes del concepto de “significante”, tanto en la lingüística como en el psicoanálisis.

Realizando un recorrido conceptual en la lingüística con autores como Saussure, Peirce, Jakobson, Voloshinov, Benveniste, Chomsky y desde el psicoanálisis con los trabajos de Freud y Lacan, este trabajo se aproxima a la cuestión del lenguaje desde dos entradas teóricas distintas pero que pueden dialogar para delimitar sus alcances.

Palabras clave: significante, significado, metáfora, metonimia, cadena significante, psicoanálisis, lingüística, pulsión.

INTRODUCCIÓN

El concepto de signo lingüístico de Ferdinand de Saussure y el concepto lacaniano de significante son los ejes centrales dentro de la presente investigación, en tanto que, a partir de la profundización sobre el significante lacaniano, se pueden llegar a establecer ciertas nociones sobre la existencia de un Sujeto al lenguaje, Sujeto distinto a individuo o persona, referido como la producción del inconsciente y con esto señalar las diferencias teóricas en el uso de este concepto.

Cuestiones tales como si el signo lingüístico es universal (Saussure, 1945), o si el inconsciente está estructurado como un lenguaje (Lacan, 1966) son el punto de partida para el presente trabajo, su aporte despega de una cuestión de afinamiento y delimitación de conceptos, por tanto es un aporte a la producción del conocimiento y al sostenimiento de la práctica clínica. Además, retoma una discusión constante que centra el interés de los investigadores, no todo lo que trata sobre el lenguaje le pertenece a la lingüística.

Es necesario partir de un estudio desde la génesis y transformación del concepto mismo de significante, para reconocer el recorrido que realizó Lacan para su utilización, para comprender las distintas lecturas teóricas que se generan a partir de él y para discriminar el lugar que se le proporciona a este concepto en cada discurso.

Se analizarán los conceptos para realizar una diferenciación lógica y estructural y, así, con el resultado, ahondar en la riqueza del concepto de significante, el cual es muy importante debido a que recorre toda la obra lacaniana, e insiste en la necesidad de generar un encuentro entre los dos campos: la lingüística y el psicoanálisis, no sin ubicar las diferencias en el uso que cada teoría le da.

Es así, que a partir de estas revisiones surge el propósito de esta disertación, el cual es tratar de establecer posibles encuentros y diferencias teóricas en el uso y articulación del concepto de “significante”, concepto acuñado desde la Lingüística por Ferdinand de Saussure y ampliamente revisado, trabajado y difundido en las formulaciones del psicoanalista Jacques Lacan.

Tratar, entonces, de delimitar y ajustar las terminologías para cada teoría y determinar el uso particular que éstas le otorgan al concepto de significante.

La importancia de este trabajo reside en la importancia de lograr permitir un abordaje particular teórico, que motiva al análisis de los conceptos y a una comparación axiomática al realizar una diferenciación lógica y estructural de los conceptos en cada teoría. Así, el resultado esperado y el aporte en este recorrido teórico, permitan ahondar en la riqueza de un concepto tan importante que recorre toda la obra lacaniana.

1. CAPÍTULO 1

DEFINICIÓN Y DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE SIGNO LINGÜÍSTICO DE SAUSSURE

Ferdinand de Saussure, lingüista de origen suizo (1857-1913), es quien revoluciona la definición de lingüística, llamada en su tiempo filología, una ciencia que se encargaba principalmente de la reconstrucción histórica de los textos. Estudio que trataba de aproximarse lo más fielmente posible al sentido original y buscaba en los textos antiguos la raíz de las palabras para poder explicar su forma actual. Saussure, con su análisis y crítica a la filología y a los neogramáticos de su época, cambió la concepción sobre esa rama de estudio y estableció los parámetros de una nueva lingüística a la cual buscó otorgar un aspecto de ciencia, y proporcionar un objeto de estudio específico, homogéneo, delimitado y apto para ser analizado y puesto a prueba a través del método científico.

La influencia de Saussure (Joseph, 2012) se produce a partir del *Curso de Lingüística General* (CLG), publicado en París en 1945, tres años después su muerte. Este libro fue editado por Charles Bally y Albert Sechehaye, discípulos de Saussure, y fue realizado a modo de recopilación reconstruida en base a las conferencias realizadas por él, sus notas personales, pero principalmente construido a partir de los apuntes de clase tomados por sus alumnos en los cursos que dictó entre 1906 y 1911.

A lo largo del CLG, Saussure plantea que además de la aproximación evolutiva de la lengua, ésta también debía ser estudiada como un sistema completo, complejo y definido en un punto fijo de evolución y recorrido histórico. Saussure influyó en las generaciones posteriores de la lingüística, así como también en la semiótica y antropología. De modo que, a partir de él se posiciona una nueva escuela llamada *Estructuralismo* (Diccionario Enciclopédico, 2012), que persistió hasta más o menos los años 50 y 60. Esta escuela se destaca principalmente por un enfoque basado en el análisis de las estructuras, sus elementos y sus relaciones, e implica la distinción de niveles, así como la delimitación de unidades jerárquicas.

Saussure considera al lenguaje como un objeto doble, en el cual ninguna de las partes funciona por sí misma ni por su realidad sustancial, sino que toma valor y significación por oposición y complementariedad entre todas las partes. No existe la una sin la otra y Saussure plasma este enfoque doble por medio de la formulación de dicotomías, entre las principales tenemos: lengua/habla, significante/significado, diacronía/sincronía, relaciones sintagmáticas/relaciones asociativas, mutabilidad/inmutabilidad.

Saussure no se cuestiona por el sentido del lenguaje, sino por su significación. Tampoco cuestiona su origen, en tanto que su interrogación expresada en el CLG no va dirigida hacia el lenguaje, entendido como expresión humana, sino al lenguaje, entendido y comprendido como un sistema de signos. Es, de este modo, que Saussure propone lo que debía ser su materia, su tarea y su objeto de la lingüística.

La materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano, ya se trate de pueblos salvajes o de naciones civilizadas, de épocas arcaicas, clásicas o de decadencia, teniendo en cuenta, en cada período, no solamente el lenguaje correcto y el «bien hablar», sino todas las formas de expresión. (Saussure, 1945, p. 34)

Esto que, aparentemente, correspondería al campo de la filología, aquí representa para Saussure el recorrido de una lengua en el tiempo histórico para que ésta se vuelva significativa y, por lo tanto, se transforme en un sistema de enunciados posibles. Y que la historia evolutiva de la lengua no sea tomada únicamente como un camino hacia el origen de la misma, en tanto que éste ya está perdido y solo queda el remanente heredado de algo.

El tiempo y la coerción social son las fuerzas que intervienen de manera permanente y universal en todas las lenguas y constituyen las condiciones necesarias para que una lengua se transforme en una lengua. Saussure se ocupó de estas fuerzas en sus conceptos de diacronía y sincronía que, precisamente, se explicarán más adelante.

No solo delimita la lingüística frente a otros sistemas de signos que podrían pasar como objetos de estudio, sino que también deslinda y señala los límites con otras disciplinas (etnografía, prehistoria, antropología, sociología, psicología). En efecto, su

postulado es fundacional y, en tanto, ya existen ciencias que estudian al lenguaje. El autor se plantea el problema de pertenencia, siendo así que su interrogación es de tipo epistemológico. “Deslindarse y definirse a ella misma” (Saussure, 1945, p. 34).

Una vez delimitado y diferenciado el terreno de trabajo, Saussure plantea el objeto del cual deberá ocuparse la lingüística. Sin embargo, advierte que en el lenguaje humano no existe un objeto definido para el análisis, en tanto que “el lenguaje es multiforme y heteróclito (...) a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social” (Saussure, 1945, p. 37).

El lenguaje es complejo, sujeto al cambio a través del tiempo y Saussure considera que un objeto con esta naturaleza tan variable y amplia no es apto para que se realicen descripciones sobre este, por lo tanto, para construir un objeto de estudio que confiera a la lingüística el carácter de ciencia, deben plantearse distinciones y separarse los distintos aspectos. “El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, esencial, tiene por objeto la lengua (...); la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación.” (Saussure, 1945, p. 45-46), y es aquí, donde Saussure ejecuta la dicotomía lengua/habla, englobados por el lenguaje.

Pero, la primera preocupación de Saussure es diferenciar entre *lengua* y *lenguaje*, y a la lengua le atribuye el primer lugar entre los hechos del lenguaje, al tiempo que afirma que la lengua produce la unidad del lenguaje. Para Saussure, el lenguaje se encuentra al mismo nivel que el pensamiento, entendido como una masa amorfa, indiferenciada, y no como una facultad individual. Saussure (1945) considera al lenguaje como la “facultad natural” (p. 38), pero en el sentido como la posibilidad de significación, de construir un código, una lengua.

Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. (Saussure, 1945, p. 37)

Como conjunto de convenciones adoptadas por un grupo social, se obtiene un código, la unidad del lenguaje es en la lengua, es decir, un sistema de signos. Saussure

avanza en la delimitación de la dicotomía lengua/habla para determinar el objeto de estudio de la lingüística y lo genera a partir del esquema de comunicación por el que cada individuo está involucrado. “Para hallar en el conjunto del lenguaje la esfera que corresponde a la lengua, hay que situarse ante el acto individual que permite reconstruir el circuito de la palabra” (Saussure, 1945, p. 39).

El punto de partida es el cerebro del hablante, órgano en el cual se produce el encuentro entre los conceptos, los cuales siempre son definidos como hechos de conciencia y la imagen acústica que son las representaciones de los signos lingüísticos, que a su vez actúan como catalizadores para su expresión. Es en este acto de comunicación, en el que Saussure deslinda, tanto los aspectos sonoros de vibraciones y ondas sonoras, como los aspectos fisiológicos apoyados en el aparato de fonación y audición, y los aspectos psíquicos que se generan en la unión de los conceptos e imágenes verbales.

Pero para que exista el efecto de *habla*, como una parte de codificación en la organización de la lengua, en tanto sistema, es necesario añadir las facultades de *asociación* y *coordinación* que, según Saussure (1945), son las que desempeñan el papel de permitir que el concepto y la imagen acústica se correspondan y se organicen y que se pongan en juego en cada ocasión que no se trate de signos aislados.

Por lo tanto, para Saussure (1945), el lugar de la lengua se ubica en el cerebro de los hablantes, y se expresa través de la suma de imágenes verbales y de los correspondientes conceptos (que se encuentran) almacenados en todos los individuos. De este modo, la lengua se caracteriza como un tesoro capaz de depositarse por la práctica del habla en los sujetos pertenecientes a una misma comunidad, en tanto, se trata de un sistema virtualmente existente en el conjunto de los individuos. Y en efecto, la lengua es un producto esencialmente social, existe en la colectividad y nunca está completa en el cerebro particular, individual de los sujetos, pero es también un producto que se registra pasivamente ya que el individuo por sí mismo no puede crearla, ni modificarla.

Por el contrario, el habla es delimitada por Saussure, como un acto, esencialmente, individual de selección y actualización, se trata de un hecho de voluntad e inteligencia ejecutado por los hablantes, posee un carácter más o menos accidental y en el cual

conviene distinguir dos aspectos. El primero de ellos, trata sobre “las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal” (Saussure, 1945, p. 40). Debe existir una relación *estructural* entre la lengua y el habla, en tanto que para la presencia del habla debe haber un código (sistema de signos) que la esté sustentando. Aquí, el hablante trata de producir y comunicar un sentido basándose en esa cadena de significantes generándose entonces el mensaje, por lo que el sentido es enteramente individual y el significado es producido por estos significantes.

El segundo, trata “el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones”. (Saussure, 1945, p. 41). Es decir, un “aparato fonador” encargado de generar las ondas sonoras producidas por las vibraciones del aire en las cuerdas vocales a un área específica en el cerebro encargada de generar aquellos impulsos de información. No obstante, para Saussure este “aparato” solo funciona como vehículo para tal fin, no es el generador del lenguaje, y menos de la lengua, ya que son un conjunto de órganos dispuestos de forma arbitraria por nuestra especie a modo “natural” para hablar.

Para Saussure, “no está probado que la función del lenguaje, tal como se manifiesta cuando hablamos, sea enteramente natural, es decir, que nuestro aparato vocal esté hecho para hablar como nuestras piernas para andar” (Saussure, 1945, p. 38). Y si la lengua tuviese algo de *natural*, difícilmente se podría sustentar o apoyar en el simple hecho de que exista un aparato como el vocal, así como las piernas las tenemos de forma natural para caminar, pero culturalmente también las usamos para bailar, jugar, dibujar incluso, etc., entonces es cultural, igualmente, que usemos otros aparatos para comunicar.

“Al separar la lengua del habla (*langue et parole*), se separa a la vez: 1° lo que es social de lo que es individual; 2° lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.” (Saussure, 1945, p. 41). Lengua y habla son dos hechos y términos no homologables, sin embargo, son interdependientes, es por el proceso concreto del habla que se generan cambios en la estructura de la lengua y lo fundamental de la lengua es formar un código, y Saussure (1945) los dividirá en dos enfoques: una lingüística del habla, de la cual no se ocupa sino en deslindarla de la segunda, una

lingüística de la lengua, que para el autor es la lingüística propiamente dicha la cual estará encargada de estudiar a la lengua como un “sistema de signos”. (p. 45)

De este modo, Saussure logra otorgarle un objeto de estudio a la lingüística diferente al de lenguaje y habla, un objeto homogéneo, específico y delimitado que puede ser estudiado por separado y deslindado de otras ciencias.

Todo esto, es para el autor es una parte de un proyecto mayor, y al cuestionar a la lengua como un sistema de signos, se interroga al mismo tiempo sobre qué consisten estos signos y cuáles son las leyes que los gobiernan, llevándolo a concebir “una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos semiología (del griego *sēmeion* 'signo')” (Saussure, 1945, p. 43).

Es, así, que la lingüística formaría parte de la ciencia de la semiología y la lengua constituiría un hecho semiológico. Entre los diferentes hechos semiológicos, Saussure incluye a la escritura, los ritos simbólicos, el alfabeto de los sordos. Y define como tarea del lingüista, determinar por qué la lengua es un sistema especial de signos dentro del conjunto de hechos semiológicos. Esto conduce a examinar y analizar la “naturaleza del signo lingüístico” que se examina a continuación.

Antes de Saussure, por ejemplo, en *Crátilo*, de Platón, ya se consideraba al signo lingüístico como expresión o contenido de una relación de puesta inmotivada o “arbitraria” entre un conjunto de sonidos y:

- a) un objeto o cuerpo; o,
- b) una idea.

Lo que significa que estas teorías analizaban al signo desde una perspectiva sustancialista, es decir, en un sistema filosófico ontológico que acepta la existencia de seres u objetos independientes del pensamiento. (Diccionario Enciclopédico, 2012). Pero, esta idea es criticable para Saussure en tanto que, como ya se ha descrito anteriormente, busca otorgar un objeto de estudio concreto y analizable al intentar

expandir la brecha entre la abstracción (de los hechos físicos) y la metafísica, términos que, usualmente, se diluyen en confusión.

Saussure tampoco acepta la noción de simple nomenclatura a la que se pretende reducir la lengua. (Ver Figura 1).

Para ciertas personas, la lengua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura (...). Esta concepción es criticable por muchos conceptos. Supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras (...) hace suponer que el vínculo que une un nombre a una cosa es una operación muy simple, lo cual está bien lejos de ser verdad (Saussure, 1945, p. 91).



Figura 1. Naturaleza del Signo lingüístico

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

Esto, precisamente, supone que la existencia de ideas es anterior a las palabras, lo que implica que el pensamiento es independiente y que puede existir fuera de la palabra.

Psicológicamente, y haciendo abstracción de su expresión por las palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa. (...) Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está delimitado, necesariamente. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua.” (Saussure, 1945, p. 136)

Por lo tanto, para el autor ginebrino, las palabras son las unidades que delimitan y articulan la masa del pensamiento. Aquí, Saussure se enfrenta a un dilema en la elección de los términos que formarán parte de la nueva construcción del signo lingüístico y, por lo tanto, en sus características y sus delimitaciones. A lo largo del CLG y en los diferentes acápites, se analizan los diferentes conceptos con los que se describe al código de la lengua en el sistema de signos.

El signo, inicialmente, y no muy bien diferenciado de los postulados precedentes a Saussure, está compuesto del concepto y la imagen acústica. (Ver Figura 2).

Esta definición plantea una importante cuestión de terminología. Llamamos signo a la combinación del concepto y de la imagen acústica, pero en el uso corriente este término designa generalmente la imagen acústica sola, por ejemplo una palabra (árbol, etc.). Se olvida que si llamamos signo a arbor no es más que gracias a que conlleva el concepto 'árbol', de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto. (Saussure, 1945, p. 92)

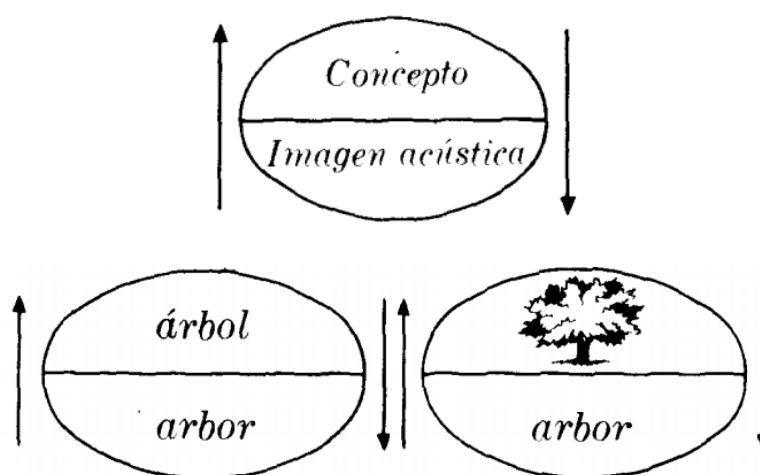


Figura 2. Signo, significado, significante

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

A partir de esto, Saussure derivará en una terminología más precisa para designar lo que engloba y representa el signo. El considerar que la lengua es una simple nomenclatura trae algunos problemas: primero, la preexistencia de conceptos en todas las lenguas, lo que significa que si los conceptos ya están dados en el mundo como existentes fuera del pensamiento y de la palabra, la lengua únicamente sería el vehículo de “etiquetación” de los mismos. Sin embargo, para Saussure esto no es cierto en tanto que por medio del código de la lengua es que el pensamiento de cada lengua se articula y se delimita. No hay algo preexistente, anterior a la lengua, que se le anteponga. Aquí, se genera la primera elección terminológica por parte de Saussure.

El problema surge en la terminología de la palabra *concepto* porque si, es cierto que cada lengua constituye, construye y configura su propia red de signos que afecta y modifica a la lengua particular de cada comunidad (la lengua es social e imposible de

cambiarla a modo individual), y si se pretende que el *concepto* es algo preexistente a la nomenclatura, entonces, usar el término concepto para designar una parte del signo sería considerarlo como una entidad extralingüística que existe antes y vive fuera de la lengua y, para Saussure, no existe tal cuestión de sustancia.

Aquí, el concepto es reemplazado por *significado*. En este sentido, los significados sí son impuestos por la lengua y se definen independientemente de los conceptos y lo que está fuera de ellas en tanto que cada lengua configura sus propios significados, es decir, por ejemplo: en el español se tienen los artículos que producen un género y en el inglés no existen artículos de género; ese significado como distinción de género es independiente de cada lengua, pero es lo que hace que sea propia de cada lengua y no importa lo que el mundo piense acerca de eso, estas distinciones se imputan de forma arbitraria a cada lengua. El concepto evoca la idea de pensamiento mientras que el *significado* no.

Del mismo modo, Saussure se inclina por la terminología de *significante* como reemplazo al de imagen acústica, en tanto que este sintagma hace obligatoriamente alusión al sonido y no a la huella psíquica del sonido (no en el sentido estricto de sonido material sino de la *representación* que nos proporciona el testimonio de nuestros sentidos), por lo que el significante en tanto es el participio del verbo “significar”, define una función con independencia en la red de la cadena de significantes en la que es producida.

Un segundo problema. En una nomenclatura la relación se ejecuta de modo simple entre las palabras y las cosas o ideas. Con respecto a este punto, Saussure discrepa en tanto que los significados y significantes de una lengua no corresponden ni coinciden con los de otra lengua porque cada una ha sido sometida a un relativo cambio. Estos cambios se traducen en términos de oposición y complementariedad, es la diferencia entre un signo y otro dentro de la cadena de significantes, donde adquieren un valor que produce la relación de lo que es y no otra cosa que no sea lo que es. Lo que genera que el código del habla sea prácticamente infinito; por lo tanto, es absurdo reducir a la lengua a un simple sistema de nomenclatura.

La ambigüedad desaparecería si designáramos las tres nociones aquí presentes por medio de nombres que se relacionen recíprocamente al mismo tiempo que se opongan. Y proponemos conservar la palabra signo para designar el conjunto, y reemplazar concepto e imagen acústica respectivamente con significado y significante; estos dos últimos términos tienen la ventaja de señalar la oposición que los separa, sea entre ellos dos, sea del total de que forman parte. En cuanto al término signo, si nos contentamos con él es porque, no sugiriéndonos la lengua usual cualquier otro, no sabemos con qué reemplazarlo. El signo lingüístico así definido posee dos caracteres primordiales. Al enunciarlos vamos a proponer los principios mismos de todo estudio de este orden. (Saussure, 1945, p. 93)

De este modo, Saussure cambia la concepción acerca del signo lingüístico llamando *signo* a la combinación de *significado* y *significante*, logrando así una precisión terminológica que a la vez permite quitar el matiz de sustancia a la lengua, a través de estos dos compuestos que por su función son independientes de cualquier elemento externo a este. (Ver Figura 3).

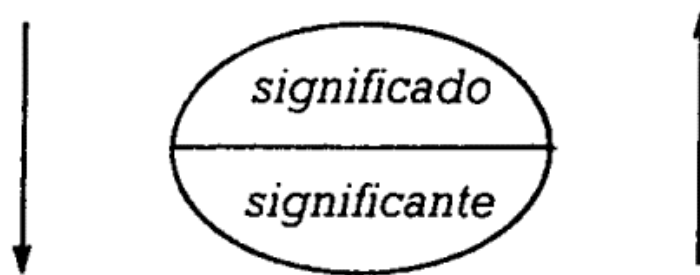


Figura 3. Significado, significante

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

Saussure insistirá en el carácter indisoluble del signo lingüístico, especialmente, en la relación significado/significante y lo compara a los dos lados de una misma hoja de papel, siendo que el anverso es el significado y el reverso corresponde al significante de este modo, no se puede cortar uno sin cortar al otro. Saussure reconoce que estos cortes varían de lengua a lengua infiriendo entonces en la arbitrariedad y linealidad del signo lingüístico y las subsiguientes características.

1.1. Características del signo lingüístico

1.1.1. Arbitrariedad y linealidad

Para Saussure, el vínculo entre el significante y el significado es siempre arbitrario, entendiendo arbitrario como ‘inmotivado’, y no radica en el individuo la potestad de escoger los significantes de una lengua, sino que estos se construyen en un hábito colectivo, una convención social que, históricamente, ha generado determinados significantes, significados y las relaciones entre estos. Por lo tanto, el carácter inmotivado del signo señala que no existe un vínculo natural entre la cosa y lo nombrado en la cosa.

El lazo que une el significante al significado es arbitrario; o bien, puesto que entendemos por signo el total resultante de la asociación de un significante con un significado, podemos decir más simplemente: el signo lingüístico es arbitrario. Sí, la idea de sur no está ligada por relación alguna interior con la secuencia de sonidos s-u-r que le sirve de significante; podría estar representada tan perfectamente por cualquier otra secuencia de sonidos.” (Saussure, 1945, p. 93).

Esta asociación se produce de forma tácita entre los hablantes de una misma lengua y es, para Saussure, la prueba por la que existen en otras lenguas distintos significantes y significados para las mismas palabras. Si la unión del significante con el significado es inevitable, ahora, Saussure agrega que es convencional porque ningún hablante podría encontrar la relación racional entre el significante *verde* y el significado que cada uno de esos hablantes lo tiene incorporado en su vocabulario. En este punto, Saussure señala la diferencia entre el signo y el símbolo, y cómo algunos signos pueden ser relativamente más motivados o inmotivados.

Se ha utilizado la palabra símbolo para designar el signo lingüístico, o, más exactamente, lo que nosotros llamamos el significante. Pero hay inconvenientes para admitirlo, justamente a causa de nuestro primer principio. El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. El símbolo de justicia, la balanza, no podría reemplazarse por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo. (Saussure, 1945, p. 94)

Esto significa que hay un cierto vínculo natural, lógico y racional entre el símbolo y lo que intenta representar. En el ejemplo de la balanza como símbolo de justicia, en algunas culturas, los dos platos ubicados a la misma altura el uno del otro evocan la idea de justicia, equidad, igualdad. O, por ejemplo, en el símbolo de la cruz, en el cristianismo, que representa el concepto de redención o una transición de la vida hacia la muerte, concepto al cual podemos acceder gracias a los registros históricos que dan cuenta de que los romanos usaban el método de crucifixión contra sus enemigos para torturarlos o matarlos, y, además, a través de la Biblia se describe a Jesús como el que superó la muerte en la cruz y pasó a la vida eterna como Cristo. Así que la cruz es la forma, mientras que su momento histórico o religioso nos acerca a su contenido.

“El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve en el tiempo únicamente y tiene los caracteres que toma del tiempo: a) representa una extensión, y b) esa extensión es mensurable en una sola dimensión; es una línea.” (Saussure, 1945, p. 95). Saussure indica que dos unidades de signos no pueden ser expresadas (pronunciadas) de forma simultánea porque cada cadena de significantes aloja a una sola unidad, por lo tanto, no pueden encontrarse dos en un mismo punto de la cadena hablada.

Es por eso que en la secuencia “c-a-s-a” primero debe ser enunciada la consonante “c”, después la vocal “a” y así sucesivamente hasta terminar la secuencia; no se puede pronunciar las letras “c-a-s-a” en un solo bloque con cada letra superpuesta. Del mismo modo, se presenta esta propiedad de la linealidad en la forma escrita en tanto que primero se escribe la letra “c”, enseguida la letra “a” y así, sucesivamente. Es por eso que un texto es entendible. No obstante, en la escritura se puede superponer las unidades pero esto generaría problemas de decodificación. (Ver Figura 4).



Figura 4. Linealidad del signo lingüístico

Saussure diferencia los sistemas en los que los signos se articulan en la línea del tiempo como en la lengua de aquellos como los visuales (escritura, señales), que se organizan en la línea del espacio sobre varias dimensiones. Por ejemplo, la señal de “No fumar” es reconocida, universalmente, por los elementos que contiene: el círculo, el cigarrillo y la barra que atraviesa un extremo del círculo hacia otro tachando el dibujo del cigarrillo. (Ver Figura 5).



Figura 5. No fumar

Fuente: dbdeveloper Simple standardised "NO SMOKING" sign. Designed from scratch.

La peculiaridad de estos elementos es que están reglados de una forma dada en ese espacio escrito y la ubicación de la barra, que evoca la negación, no admite otra dirección excepto la que ya ha sido dada por un lazo social (no va de forma horizontal, siempre es en modo diagonal), por lo tanto, los elementos en esta señal no admiten otra distribución cualquiera sino una distribución que es, fuertemente, regulada, es convencional y, por lo tanto, sigue siendo arbitraria.

De este modo, se podría decir de forma homologable, que la escritura solo es un reflejo de la lengua, puesto que debe seguir las mismas operaciones que se ejecutan en el sistema lengua, las mismas reglas y leyes que gobiernan la producción del código en la lengua influyen en la escritura.

1.1.1. Inmutabilidad y mutabilidad

Inmutabilidad y mutabilidad a primera vista parecerían elementos paradójicos y contradictorios del signo lingüístico, pero están lejos de ser opuestos y discordantes.

Para Saussure, el análisis del primero, toma como punto de partida la perspectiva de la masa o del hablante frente a la lengua en la que ni la masa ni el individuo están en capacidad de poder cambiar a voluntad la relación arbitraria del signo que se ha generado, históricamente. Con respecto a la mutabilidad, la perspectiva es abordada desde la lengua como tal, la cual está sujeta al tiempo y, por lo tanto, a sufrir cambios. “Si, con relación a la idea que representa, aparece el significante como elegido libremente, en cambio, con relación a la comunidad lingüística que lo emplea, no es libre, es impuesto.” (Saussure, 1945, p. 97).

A partir de esta cita, podemos comenzar a explicar la inmutabilidad del signo lingüístico y resaltar dos cuestiones importantes. La primera es que, al leer la cita se entiende que se presenta al significante como libre del significado que evoca, en tanto que, al no existir un vínculo natural entre los dos, éste podría haber sido lo que sea y evocar cualquier otro. Y el segundo punto, es que cualquier unión entre significante y significado, para el hablante y la comunidad, ya está dada, precede a cualquiera y, por lo tanto, se impone como un hecho histórico.

Podemos entender que para cualquier elemento de una lengua, se trata entonces de un producto heredado de una generación a otra generación. Y sin importar la época a la que nos remontemos siempre nos vamos a encontrar con la arbitrariedad de la lengua. Jamás podremos encontrar ese vínculo inmotivado por el mismo carácter hereditario de la lengua, y los hablantes no cuestionan el por qué deberían dejar de llamar “perro” al perro, o “casa” a la casa, si es la forma en la que sus padres se referían a esos objetos y les fueron entregados del mismo modo por historicidad. Por este motivo, para Saussure, el origen de las lenguas tiene un factor poco relevante para su estudio.

Pero decir que la lengua es una herencia no explica nada si no se va más lejos. ¿No se pueden modificar de un momento a otro, leyes existentes y heredadas? Esta objeción nos lleva a situar la lengua en su marco social y a plantear la cuestión como se plantearía para las otras instituciones sociales. ¿Cómo se transmiten las instituciones? He aquí la cuestión más general que envuelve la de la inmutabilidad. (Saussure, 1945, p. 98)

Saussure (1945) es perspicaz en notar que, si al mismo tiempo no existiese un cambio en la lengua y esta fuese, absolutamente rígida no hubiese la posibilidad de

comunicación generacional. El sujeto hablante no es consciente de las reglas que rigen a su lengua, no obstante, las conoce y las usa pero no puede por sí mismo cuestionar el uso o desuso de los elementos de su lengua y, en ese sentido, es imposible producir un cambio “general y súbito”. (p. 98)

Se entiende que toda institución se basa y se construye en un acuerdo de convención social, que puede ser explícito o no y este acuerdo que se ha generado por coerción social e historicidad es lo que impone el grado de libertad y convencionalidad.

Las instituciones son complejos de ideas y prácticas que contienen normas especificativas de la conducta entre las personas. Así considerada, una institución social es una organización, relativamente, compleja de relaciones sociales sujetas a una normativa y dirigidas a la consecución de un interés o a la satisfacción de una necesidad. La etiqueta de «institución» resulta familiar en grado sumo cuando se aplica a diversas asociaciones, tales como familia, iglesia, escuela, firma comercial, etc. Todas ellas se denominan tanto instituciones como grupos y son, en efecto, ambas cosas. (Hiller, 2008, p. 73-74)

Cuando más arbitrario es este acuerdo, existe menos libertad de generar un cambio, porque los hablantes no tienen argumentos para cambiar algo que ha sido transmitido por un acuerdo generacional.

La lengua como una institución, es la más arbitraria de todas (por eso muy diferente a cualquier otra institución social) y, por lo tanto, la más complicada de cambiar al tener un pequeño margen de libertad. A diferencia, por ejemplo, de un sistema de señales visuales de un aeropuerto, las cuales pueden ser cambiadas, modificadas y reemplazadas a nivel internacional a través de reuniones y en un plazo, se establece una fecha y hora y que todos los aeropuertos dejarán de usar tal señal por tal otra señal y todos la cumplirán. Pero, en la lengua esa libertad está más condicionada y limitada, no hay razón de ser para que la comunidad lingüística cambie sus elementos súbitamente y al día siguiente hable una lengua completamente diferente.

Saussure (1945) resume la inmutabilidad del signo en los siguientes puntos: el primero, “El carácter arbitrario del signo.” (p. 98). Este punto ya se ha explicado a profundidad en el tema de la arbitrariedad y, si la unión de un significado con un significante es arbitraria, entonces no existe una razón para modificar y alterar

deliberadamente la unión no motivada de un significado cualquiera por un significante específico. El segundo punto, “La multitud de signos necesarios para constituir cualquier lengua; y, el tercer punto, “El carácter demasiado complejo del sistema.” (Saussure, 1945, p. 99).

Los puntos 2 y 3 se pueden explicar en conjunto tanto que, efectivamente un sistema es complejo por la relación directa de los elementos que conforman dicho sistema. Es decir, si una lengua tuviese un limitado número de elementos, estos podrían ser cambiados por el mismo número de elementos de otra lengua. Pero la realidad de la lengua es que sus signos son innumerables y, por lo tanto, es virtualmente imposible modificar una lengua de forma total y cambiar cada uno de los elementos.

Sin embargo, en el tercer punto, Saussure comentará que es aquí donde se pueden producir ciertos cambios y donde esa limitada libertad es más flexible. “Éste es el lado por el cual la lengua no es completamente arbitraria y donde impera una razón relativa, también es éste el punto donde se manifiesta la incompetencia de la masa para transformarla.” (Saussure, 1945, p. 99). Por ejemplo, en español están en potencia una cantidad infinita de verbos, adjetivos, sustantivos. Existe el verbo “notar” y el adjetivo “notable” así como el verbo “pasear” y potencialmente el adjetivo “*paseable*”, no obstante que la comunidad lingüística no use este adjetivo, se debe a que no ha existido aún la necesidad de hacerlo y se rige por la convención social e historicidad transmitida en la que no existe un adjetivo para el verbo pasear, aquí se explica la referencia de la incompetencia de la masa para poder modificar la lengua.

Pero, al mismo tiempo, si la comunidad hablante introduce un término, ya sea por error, por cuestión estilística de algún escrito o incluso por una necesidad afectiva, y que esa introducción, por azarosa que sea, resultase aceptada por toda la comunidad, entonces todos esos virtuales potenciales pasarían a ser reales. Por ejemplo, en español, se encuentra el signo “tocada” que los jóvenes utilizan para hacer referencia a cualquier espectáculo de música y se forma a partir del verbo “tocar”.

Con respecto a este punto, la masa, la comunidad lingüística es conservadora, no porque se trate de una resistencia social frente al cambio, sino porque que no existe otra posibilidad frente a la arbitrariedad de la lengua que se rige sobre la convención social,

la historicidad y la herencia generacional, elementos que producen las pautas para coartar la libertad de modificación del sistema. A diferencia de otros sistemas semiológicos que pueden ser modificados con más libertad (código morse, señales marítimas, etc.), que son usados por limitados grupos, en un limitado tiempo. La lengua, por el contrario, es el sistema más difícil de cambiar porque se encuentra presente en todo momento de la existencia de la comunidad lingüística, por lo tanto, es imposible pensar el cambio súbito de un momento a otra lengua.

Hemos nombrado ya que la lengua es social, abstracta, lineal, relativamente inmutable, heredada, convencional y que forma parte del lenguaje. El lenguaje tiene como propiedad ser una facultad exclusiva de los humanos para poder comunicar y crear algo (la lengua y el habla son los accesorios de esta capacidad innata), de acuerdo a Chomsky (2009), como lo veremos en el último capítulo; y, de acuerdo a Lacan, más que el lenguaje, es la palabra lo que permite al sujeto entrar en la simbolización intersubjetiva, lo cual analizaremos en el siguiente capítulo.

El tiempo, que asegura la continuidad de la lengua, tienen otro efecto, en apariencia contradictorio con el primero; el de alterar más o menos rápidamente los signos lingüísticos, de modo que, en cierto sentido, se puede hablar a la vez de la inmutabilidad y de la mutabilidad del signo. (Saussure, 1945, p. 100)

Podríamos decir, entonces, que la naturaleza de las cosas es el cambio, y todo aquello que esté sometido al tiempo está sujeto a cambios, y por lo tanto ésta también es una característica del signo lingüístico. En la lectura del CLG (1945), lo que interroga Saussure, es cuánto han cambiado los elementos en una lengua y qué remanentes de estos permanecen dentro de este cambio.

Ahora bien, para la mutabilidad del signo hay que considerar dos aspectos del tiempo que influyen en la lengua: el principio de continuidad y el principio de alteración. Esto significa que la alteración que se produce en un signo se genera gracias a que ese signo se ha continuado generación tras generación. Cada signo consta de una identidad material y una identidad relacional, con las cuales se puede vincular a dos signos lingüísticos en dos planos temporales diferentes; Saussure llamará a esto diacronía y sincronía de la lengua, conceptos que se abordarán en el siguiente acápite.

La alteración en el tiempo adquiere formas diversas, cada una de las cuales daría materia para un importante capítulo de lingüística. Sin entrar en detalles, he aquí lo más importante de destacar. Por lo pronto no nos equivoquemos sobre el sentido dado aquí a la palabra alteración. Esta palabra podría hacer creer que se trata, especialmente, de cambios fonéticos sufridos por el significante, o bien de cambios de sentido que atañen al concepto significado. Tal perspectiva sería insuficiente. Sean cuales fueren los factores de alteración, ya obren aisladamente o combinados, siempre conducen a un desplazamiento de la relación entre el significado y el significante. (Saussure, 1945, p. 100)

Imaginemos la palabra “ratón”, por lo general, la primera impresión de esta palabra es la de un pequeño mamífero voraz y destructor de color gris y de cola larga, sin embargo, con la introducción de la tecnología, especialmente la informática y la creación de computadores, actualmente la palabra “ratón” hace también referencia a este aparato manual que se encuentra conectado al ordenador y que sirve para mover el cursor en una pantalla. En toda lengua, y en cada signo siempre existirá el remanente de una historia que se preserva a la cual difícilmente, podremos acceder con una simple etimología (por su carácter arbitrario), pero que a la vez también representa un sinónimo de cambio para producir un nuevo sentido manteniendo, en algunas palabras, el mismo sentido anterior.

De este modo, se puede afirmar que en este ejemplo, la relación es, solamente material: ratón-ratón; ya que el significado/significante en este signo ha sufrido un desplazamiento para representar una cosa totalmente distinta. Para el sistema de la lengua, los cambios puramente materiales son poco relevantes y aparentemente brindan la impresión de que los signos en su secuencia han permanecido, relativamente iguales a lo largo del tiempo, no obstante, el desplazamiento de significado/significante siempre ocurre y esto es lo que da cuenta de la evolución de una lengua.

El hombre que pretendiera construir una lengua inmutable que la posteridad debería aceptar tal cual la recibiera se parecería a la gallina que empolla un huevo de pato: la lengua construida por él sería arrastrada quiera que no por la corriente que abarca a todas las lenguas. (Saussure, 1945, p. 102)

Ninguna lengua, sin importar si se ha producido de forma natural o es un experimento artificial, está fuera del hecho social, la convención y coerción social y, por

lo tanto, al avance del tiempo y del cambio. El Esperanto no escapa a esto, tal vez, inicialmente, al construirlo se tuvo control sobre su desarrollo, pero una vez que se puso en circulación, la evolución de la lengua es incontrolable. Por supuesto que para la primera comunidad creadora y usuaria del Esperanto, los vínculos entre las palabras fueron, relativamente poco inmotivados y los significados/significantes deliberadamente unidos, pero al momento de ser sometidos al tiempo, a la historicidad y la herencia generacional, los sucesores al emplear el Esperanto se encontrarían con la arbitrariedad del signo. Los códigos juveniles juegan un papel muy importante en esta evolución, en tanto la comunidad lingüista joven, en una parte, es la encargada de producir estos giros.

1.1.3 Sincronía y diacronía de la lengua

Esta dicotomía saussureana aparente antagónica, si bien trata dos cosas diferentes y son opuestas, al final resultan ser complementarias y la una no existe sin la otra, por lo que Saussure pondrá en consideración que existe una lingüística evolutiva que está encargada de estudiar la evolución de elementos en una lengua y una lingüística estática que tratará los estados de una lengua, al preferir los términos de lingüística sincrónica, para los estados de la lengua y, lingüística diacrónica, para todo lo referente a las evoluciones de los elementos de la misma. “Pocos lingüistas se dan cuenta de que la intervención del factor tiempo es capaz de crear a la lingüística dificultades particulares y de que coloca a su ciencia ante dos rutas absolutamente divergentes.” (Saussure, 1945, p. 105).

Para describir estas rutas divergentes, Saussure plantea dos ejes en donde (AB) se trata del segmento en el que se excluye el factor tiempo, en tanto que concierne las relaciones que se producen entre cosas coexistentes y en donde el eje (CD) se ocupa de un elemento a la vez en el tiempo, pero que incluye todos los elementos del primer eje y sus cambios respectivos. (Ver Figura 6).

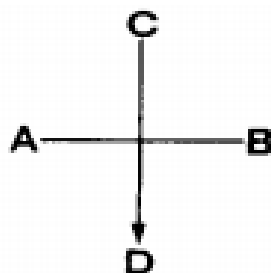


Figura 6. 1) Eje de simultaneidades (AB) y 2) Eje de sucesiones (CD)

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

Un hecho sincrónico es entendido como un estado de aparente momentaneidad que se genera porque ha existido un momento histórico y que da cuenta de su existencia por esta oposición en el tiempo, es decir, podemos considerar al hecho diacrónico como la sucesión, como un proceso que precipita, en el que cada estado o segmento es un hecho sincrónico que a la vez es el producto del proceso.

“Lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de lengua es que para el sujeto hablante su sucesión en el tiempo es inexistente: el hablante está ante un estado.” (Saussure, 1945, p. 107). Se entiende que la lingüística sincrónica se encarga de los elementos coexistentes en un sistema, es decir, las relaciones simultáneas en cada estado de la lengua, por lo que la comunidad lingüística no está consciente de que se encuentra en un relativo proceso de evolución.

La lengua cambia, por más minúsculo que sea el cambio, pero los hablantes no están al tanto de esos cambios. Para el hablante “promedio”, la lengua, aparentemente se encuentra en un estado estático y no hay motivo para cuestionar la evolución. La secuencia “perro” fue “perro” porque así la han hablado y se ha transmitido por lo que no hay razón para debatir que esta haya cambiado y creará que esta secuencia seguirá por siempre. Esta ilusión es importante porque permite la comunicación generacional, toma tiempo para todos los hablantes aprender su lengua, si no se percibiera esta aparente congelación de la lengua sería imposible comunicar.

Sin embargo, es en el proceso del habla en el que se producen los hechos diacrónicos. Los cambios y evoluciones que se producen en el sistema de la lengua se originan, principalmente en las comunidades hablantes como hechos del habla, pero al ser aceptados por el grupo hablante, su estatuto cambia y se aceptan entonces como hechos de la lengua y cualquier modificación en el sistema, por mínimo que sea, produce un cambio en la lengua. No existe el adjetivo “*paseable*”, pero si por influencia poética o estilística surgida en el habla como un acto individual, característico del habla, se acepta esa palabra como parte de la comunidad hablante, entonces a través del tiempo se vuelve un hecho de la lengua.

Para demostrar la interrelación entre lo sincrónico y diacrónico, Saussure describe el ejemplo de un corte a un tronco vegetal: si se realiza un corte transversal se podrá dar cuenta de las agrupaciones de las fibras en un estado (sincronía), pero si se le añade un corte perpendicular, se podrá observar las conexiones de estas fibras a lo largo del tronco indicando su evolución y recorrido (diacrónico).

Pero de entre todas las comparaciones que se podrían imaginar, la más demostrativa es la que se hace entre el juego de la lengua y una partida de ajedrez. En ambos juegos estamos en presencia de un sistema de valores y asistimos a sus modificaciones. Una partida de ajedrez es como una realización artificial de lo que la lengua nos presenta en forma natural. (Saussure, 1945, p. 113)

Aquí, se introduce la teoría del valor del signo lingüístico, la cual trata de identidades relacionales, más no de identidades materiales. Es decir, un signo lingüístico toma un valor por oposición a otro signo lingüístico en la cadena significante, en tanto que la lengua es un sistema de signos y el valor toma presencia en la simultaneidad de estos signos dentro del sistema.

Se entiende, entonces, que la lengua es el intermediario o catalizador entre la masa amorfa de las ideas y la masa amorfa de los sonidos. Gracias a la arbitrariedad del signo, el vínculo entre estas dos masas (significado y significante) es convencional y el valor se genera por la composición del signo y por el entorno en el que se encuentra. El valor es dependiente de la relación entre los signos y siempre están constituidos por una cosa desemejante, susceptible de ser trocada por otra cuyo valor está por determinar, y por cosas similares que se pueden comparar con aquella, cuyo valor está por ver. (Saussure, 1945)

Para el primer punto, y parafraseando los ejemplos de Saussure, con una moneda de cinco francos se puede comprar una determinada cantidad de pan, así como una palabra podría ser trocada por un concepto o idea cualquiera. Son elementos no semejantes que pueden ser cambiados por elementos de un valor similar.

Con respecto al segundo punto, y continuando con la idea de Saussure, una moneda de cinco francos puede ser comparada con una moneda de un dólar o un euro, del

mismo modo que una palabra podría ser comparada únicamente con otra palabra con un valor relativamente similar.

Este valor es importante para la sincronía y la diacronía, en el sentido de que en la lengua existen elementos que aparentemente han aguantado a todos los cambios y acontecimientos históricos, principios y reglas generales. Pero que en realidad solo es una ilusión de estática y que a través de la puesta en juego del valor y su identidad relacional se puede separar la confusión de mezclar los cambios y atribuirles su correspondiente análisis, ya sea en lo sincrónico y en lo diacrónico con la metodología, investigación y objeto de estudio que atañe a cada una.

Cada pieza de ajedrez, al igual que cualquier elemento de la lengua, posee un valor. Este valor, en apariencia fijo, no es absoluto en tanto que va cambiando en relación a las distintas jugadas realizadas en el tablero de ajedrez bajo reglas que ya han sido determinadas antes de la partida y que se perpetúan a lo largo de la partida. Por ejemplo, un peón es la pieza con el valor más bajo en el ajedrez porque existe una comparación con las otras piezas, no obstante, su valor puede cambiar a uno muy alto, si por ejemplo, este se encuentra en la primera fila del contrincante porque es ahí en donde esta pieza puede tomar el valor de cualquier otra (se transforma en una torre, caballo, reina, etc.).

Al igual que en la lengua, cada signo puede sufrir un cambio de valor y este repercutirá en el sistema y podrá ejercer un rol significativo, medio o casi imperceptible dentro de la lengua. Se debe pensar que el tiempo por sí mismo no es una gran fuerza para cambiar el estado de una lengua. Imaginemos las cuevas con sus estalactitas y estalagmitas en las cuales han pasado miles de años (incluso millones de años), y la cueva ha cambiado poco y las formaciones de estalactitas y estalagmitas han crecido unos cuantos metros (en el mejor de los casos), quienes realmente cambian la cueva, y lo que se encuentra en ella y con relativa velocidad son los humanos haciéndola una atracción turística, construyendo pasamanos, incluso gradas y colocando una tienda de souvenirs. Lo mismo ocurre con una lengua, el tiempo no es suficiente para modificarla radicalmente, sino es por la masa hablante, y más aún, su uso.

Continuando la analogía en el ajedrez, dentro del juego, únicamente se puede mover una pieza a la vez, esto representa un solo estado y es la similitud con la sincronía, no

existe más que como un hecho particular, aislado en un estado percibido para la comunidad lingüística como estático. Los cambios producidos a este estado corresponden al hecho particular, aislado. Es decir, si un signo cambia es porque ha cedido en el paso por un signo similar, no cambian todos los signos de un momento a otro porque, como ya hemos visto, no se puede producir un cambio repentino y súbito.

Pero se necesita de un pequeño cambio para modificar todo el sistema. Así como una jugada de ajedrez tiene repercusión en todas las jugadas producidas hasta ese punto y los subsiguientes movimientos, un cambio en un signo repercutirá en toda la comunidad lingüística. Es decir, en el ajedrez se pueden prever (y hasta algún nivel predecir) algunas jugadas, entre más movimientos se puedan predecir a partir de una jugada, más probabilidades de defender o atacar y ganar la partida; sin embargo, esa visualización tiene su límite, ningún jugador puede prever todas las jugadas posibles ni todos los cambios que estas jugadas generarán. Lo mismo ocurre con la lengua, ningún hablante podrá predecir qué cambios se generarán ni el valor que tomará ese signo al modificar el sistema.

El paso de una pieza hacia otra casilla equivale al transcurso diacrónico y su relevancia es relativa, en tanto no interesa el cambio en el tiempo, sino cómo los estados e identidades sincrónicas se establecen después de ser generado un cambio. No importa si la partida de ajedrez ha comenzado desde hace una hora, si alguien nuevo llega y observa la partida después de ya llevar una hora de juego. Lo que importa es ese momento y cómo las piezas se han organizado en ese momento. Poco interesa saber qué ocurrió para llegar a esa jugada o en qué momento se hizo la jugada de enroque, o si la reina fue reclamada, ni siquiera la jugada de hace 10 segundos interesa.

Eso sirve para resaltar que al estudio de lo sincrónico lo que interesa es la adaptación y establecimiento de las identidades relacionales después de haberse producido cualquier cambio, cómo estas se han estructurado después de ese cambio y qué de eso ha permanecido y principalmente qué relaciones se han desplazado. Como se ha señalado anteriormente, todo estado sincrónico se ha generado por un proceso diacrónico, lo interesante es que cada uno de estos estados puede ser estudiado de forma independiente.

No hay más que un punto en que la comparación falla: el jugador de ajedrez tiene la intención de ejecutar el movimiento y de modificar el sistema, mientras que la lengua no premedita nada; sus piezas se desplazan –o mejor se modifican- espontánea y fortuitamente (...). (Saussure, 1945, p. 114)

A diferencia de los jugadores en una partida de ajedrez quienes, pueden cambiar los movimientos, prever las jugadas, modificar los valores de los peones que coronan, etc., de un modo deliberado y premeditado, pero, con el sistema de la lengua eso no es posible, como ya se ha mencionado, el hablante por sí mismo no tiene la capacidad para modificar en nada algo del sistema.

Un ejemplo en el español de un hecho diacrónico en la lengua es lo que sucede en algunos desdoblamientos de los dos géneros gramaticales en la aparición de nuevas formas nominales femeninas terminadas en “a” que, anteriormente solo eran usadas por la forma nominal masculina tales como: ministro por ministra, jefe por jefa, juez por jueza, etc. Aquí, el signo reemplazado posee un nuevo valor que es, relativamente equivalente al original, tratándose más de una identidad material, la letra “o” por la letra “a”, y el cambio en el sistema de la lengua es de un impacto leve, las repercusiones sociales, políticas, de género, etc., en esos ámbitos podrían ser muy significativas pero no importan en absoluto para el sistema de la lengua.

Ahora, en relación a un hecho sincrónico, podemos poner como ejemplo la palabra “bizarro” cuyas acepciones dadas por el diccionario de la Real Academia Española (DRAE) son: de origen italiano y adjetivos 1) valiente, esforzado y 2) generoso, lucido o espléndido. De acuerdo a Corominas y Pascual, en su Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico (1997), esta palabra fue insertada en el francés con la acepción de extraño y extravagante, las mismas que son tomadas en el inglés. Sin embargo, en la jerga española actual juvenil, esa palabra se la utiliza para expresar los mismos sentidos que en francés e inglés: extravagante, extraño, raro. La relación material no se ha modificado desde el siglo XV, no obstante, la identidad relacional ha cambiado significativamente y su uso en el estado sincrónico ha modificado el sistema de la lengua.

1.1.4 Relaciones sintagmáticas y relaciones asociativas

Así, pues, en un estado de lengua todo se basa en relaciones; ¿y cómo funcionan esas relaciones? Las relaciones y las diferencias entre términos se despliegan en dos esferas distintas, cada una generadora de cierto orden de valores; la oposición entre esos dos órdenes nos hace comprender mejor la naturaleza de cada uno. Ellos corresponden a dos formas de nuestra actividad mental, ambos indispensables a la vida de la lengua. De un lado, en el discurso, las palabras se contraen entre sí, en virtud de su encadenamiento, relaciones fundadas en el carácter lineal de la lengua, que excluye la posibilidad de pronunciar dos elementos a la vez (*Ver.* Pág. 95). Los elementos se alinean uno tras otro en la cadena del habla. Estas combinaciones que se apoyan en la extensión se pueden llamar sintagmas. El sintagma se compone siempre, pues, de dos o más unidades consecutivas (por ejemplo: re-leer, contra todos; la vida humana; Dios es bueno; si hace buen tiempo, saldremos, etc.). Colocado en un sintagma, un término solo adquiere su valor porque se opone al que le precede o al que le sigue o a ambos. (Saussure, 1945, p. 147)

A partir de esto, se pueden distinguir algunas características del sintagma: un sintagma puede ser muy simple como en el caso de una palabra, o muy elaborado como en una oración compleja, puede estar incrustado dentro de otro sintagma, y por lo general, una palabra es un sintagma. La unidad llamada “palabra” no es equiparable ni es sinónima a la unidad de “signo”. Una palabra puede llevar un solo signo como “perro” o coincidir que dos palabras en realidad son un solo signo como en “ser humano”.

Aquí se continúa la teoría del valor del signo y un sintagma toma relevancia de acuerdo a la cadena significativa por oposición, complementariedad y, principalmente por presencia en una oración. Los sintagmas, para Saussure, son unidades que siempre están *in praesentia*, es decir, en las relaciones coexistentes entre los signos.

- a) El sol nace por el **este**.
- b) Esos lápices son tuyos, **este** es mío.
- c) Objetos **estelares**

En este ejemplo, la palabra “este” es un signo en las dos primeras oraciones, en la primera como sustantivo común y en la segunda como pronombre demostrativo. Para la tercera, resulta solo como unión de sílabas. De este modo, se puede dar cuenta del valor sintagmático de esta palabra dependiendo de las relaciones que conserva con el resto de la oración.

Saussure plantea que todos los sintagmas son parte únicamente del habla, mas no de la lengua, partiendo de que la oración es el sintagma por excelencia y, además, toda oración pertenece al habla en tanto que en ésta es donde se puede observar cualquier tipo de combinación libre. La respuesta es negativa, no todos los sintagmas son exclusivos del habla, ni todos son sintagmas libres, pero sí existen sintagmas que son únicamente parte de la lengua y que no pueden ser modificados. El traductor de la versión en español del CLG, Amado Alonso (1945), proporciona ejemplos en español precisos para afirmar los ejemplos de Saussure dados en francés y alemán. Por ejemplo, “ganar de mano, pisar el poncho, romper una lanza, a fuerza de (cuidados, etc.), no hay por qué (hacer tal cosa), soltar la mosca ('dar el dinero a pesar de la resistencia o repugnancia').” (p. 149).

El hablante no puede elegir libremente la secuencia sintagmática en oraciones de ese tipo, no puede decir “ganar de pie” o “pisar los zapatos” y en oraciones similares como en los refranes: más vale pájaro en mano que ciento volando. No puede modificarlos porque, para la comunidad lingüística estas formaciones sintagmáticas ya han sido transmitidas por tradición, historicidad, por convención social. Para el hablante no interesa saber el origen de una u otra expresión sino saberlas utilizar en el momento adecuado y si se acepta que éstas han sido impuestas por la convención, entonces y, por lo tanto, sujetas a esta arbitrariedad se está posicionando en los hechos de la lengua y no del habla, porque en la lengua el hablante no puede elegir esos vínculos sino que le son impuestos.

Por otra parte, fuera del discurso, las palabras que ofrecen algo de común se asocian en la memoria, y así se forman grupos en el seno de los cuales reinan relaciones muy diversas. Así, la palabra francesa *enseignement*, o la española *enseñanza*, hará surgir inconscientemente en el espíritu un montón de otras palabras (*enseingner*, *renseigner*,

etc., o bien, armement, changement, etc., o bien, éducation, apprentissage); por un lado o por otro, todas tienen algo en común.

Ya se ve que estas coordinaciones son de muy distinta especie que las primeras. Ya no se basan en la extensión; su sede está en el cerebro, y forman parte de ese tesoro interior que constituye la lengua de cada individuo. Las llamaremos relaciones asociativas. (Saussure, 1945, p. 147)

Para Saussure, estas relaciones asociativas responden a una serie mnemónica virtual en la cual se almacenan todas las asociaciones posibles de los signos que el hablante es capaz de guardar y evocar produciendo así la lengua particular de cada individuo. Éstas relaciones asociativas se producen únicamente *in absentia*, es decir, que los elementos presentes adquieren su valor por los elementos que no se encuentran, lo dicho y lo no dicho tienen un rol constante en la construcción de la lengua y el sistema y para las relaciones asociativas el valor se encuentra en lo que no se expresa.

Para éstas no existe un orden ni un número definido porque cada signo vendría a representar una constelación única y las relaciones asociativas pueden ser infinitas para cada signo y Saussure las representa en el siguiente esquema. (Ver Figura 7).

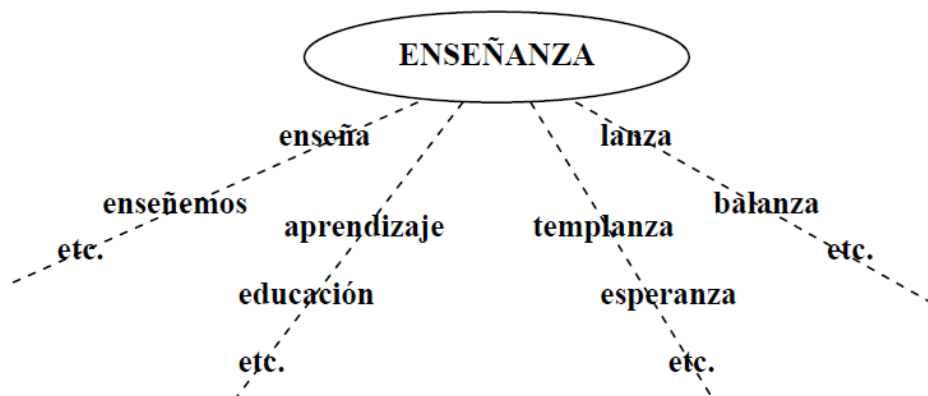


Figura 7. Relaciones asociativas

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

En el ejemplo se puede apreciar cómo un signo representaría una constelación seguida de sus relaciones asociativas. En la primera, se produce por la raíz **enseñ**; para la segunda, se genera por el significado, es decir, el léxico siendo todas sustantivos; en

la tercera las asociaciones se dan por los sufijos y, en la última, por el significante. Todas estas relaciones intentan generar una relación de equivalencia a través de un valor similar para cada asociación.

Es a través de la combinación del eje de asociaciones, que cada sintagma puede producir un número virtualmente infinito de variaciones y cada una de estas variaciones contiene información de varios tipos (situacional, percepción, de tiempo, etc.) en distintos niveles (propósito, especificidad, etc.). Estas relaciones asociativas funcionan en oposición y adquieren su valor, precisamente por su ausencia. Por ejemplo: aquel país libre.

Aquel: puede ser reemplazado por **tal, ese, un,** etc.

País: se puede sustituir con **nación, estado, pueblo,** etc.

Libre: es intercambiable por **independiente, autónomo, separado.**

Por medio de estas dos relaciones, sintagmáticas y asociativas, Saussure intenta describir un mecanismo de la lengua. La combinación de las dos son las encargadas de generar la recursividad y expansión de una lengua y, por lo tanto, la incapacidad del individuo para cambiarla (producto de las demás características del signo mencionadas) y por mecanismo intenta darle una perspectiva dinámica de cómo el sistema con cada cambio se va adaptando para cada estado a lo largo de esa diacronía.

2. CAPÍTULO 2

DEFINICIÓN Y DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE SIGNIFICANTE DE LACAN

Lacan fue un médico psiquiatra, psicoanalista y un pensador muy importante en el siglo XX. Él adapta, a sus obras, discursos tanto de la lógica como la lingüística, la matemática y la topología en un intento por explicar algo de lo que le generaba la escucha de sus pacientes. Lacan, en los inicios de su enseñanza le da una importancia fundamental a la definición de signo lingüístico aportada por Saussure y, posteriormente, recoge lo trabajado por Roman Jakobson acerca de la metáfora y la

metonimia. Lacan producirá un viraje al concepto de signo lingüístico introduciendo la primacía del significante y su estrecha relación con la hipótesis del inconsciente.

Sabemos que el lenguaje ocupa un lugar muy importante en el recorrido teórico de las obras de Lacan, las cuales poseen una extensión inmensa, dada la profundidad de sus contenidos. Estas obras están caracterizadas por un nivel de dificultad su la lectura, y no es para menos, en tanto que Lacan hace uso de premisas de la lógica, las matemáticas, la topología y la lingüística para lograr explicar, en algún sentido, el funcionamiento del aparato psíquico, el inconsciente.

Por motivos de extensión e injusticia aquí, para las obras de Lacan, la presente disertación no puede abarcar todo el contenido teórico, riquísimo en conceptos y análisis, pero anima al lector a revisar y profundizar sobre los siguientes trabajos en los que las interrogantes de Lacan, acerca del significante, comienzan a tomar cuerpo. En primer lugar, en 1953, en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, se trabaja la relación que existe entre el sujeto, el lenguaje y la palabra, creando así las primeras partidas para la teoría del significante.

Sin embargo, es en la segunda lectura de Saussure, producida en junio de 1954, y conocidos entonces los trabajos de Jakobson acerca de la metáfora y la metonimia, que los postulados de Lacan irán tomando más fuerza y se verán reflejados, en 1955, en el análisis profundo, plasmado en el seminario de *La carta robada*, donde la teoría del significante adquiere una complejidad única. Finalmente, vale señalar que Lacan no introducirá los trabajos de metáfora y metonimia de Jakobson, con las reformulaciones correspondientes sino hasta 1956, en *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista*, ideas que serán extensamente trabajadas en *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, de 1957.

Si las formaciones del inconsciente son hechos del lenguaje, entonces, ¿en qué modo se puede articular el lenguaje y el inconsciente? El desarrollo del presente capítulo está organizado, en primer lugar, por la revisión breve del esquema L de Lacan (1983), porque sirve para este análisis como el punto de partida para ubicar al lenguaje en la dimensión imaginaria. En tanto que pensamos con imágenes y estamos encarnados en un cuerpo que se construye (en esa identificación) por imágenes provenientes del

semejante y, es en este intercambio (imaginario), en el que se sujeta la dimensión de la palabra hecha de ausente presencia para poder devenir en simbolización. Luego, se analizará el texto *La instancia de la letra* (1984) en el cual Lacan produce un giro radical a la escritura saussureana de signo lingüístico con el que se produce el estatuto de supremacía del significante sobre el significado.

Después, se explicará el por qué de esta supremacía del significante y no al revés como en Saussure. Si el lenguaje es pensar con imágenes, y el sueño genera la representación de imágenes y este es la vía regia al inconsciente como lo formuló Freud (1991), entonces este es también la vía para poder explicar esa primacía del significante y, para ello, es necesario retomar el concepto de representación, por lo que, se abordará el tema de la *Vorstellungsrepräsentanz* (representante de la representación) en la pulsión, afecto, represión y, olvido, para finalmente entender la formula Lacaniana del algoritmo saussureano.

Somos sujetos atravesados por el lenguaje y estructurados a partir de la hipótesis de inconsciente, llamados a entendernos mientras hablamos, percatándonos de que este lenguaje es incompleto y en “falta”. Además, nos identificamos con un otro porque existe un marco de referencia en el que proyectamos un mundo entero de temores, miedos, deseos y podemos llegar a ellos, o dar cuenta de estos, a través de una cadena de significantes, de asociaciones, de sentidos, de desconocimientos, de huellas y de trazas. “Tenemos, pues, el plano del espejo, el mundo simétrico de los ego y de los otros homogéneos. De él debe distinguirse otro plano, que llamaremos el muro del lenguaje”. (Lacan, 1983, p. 266)

La hipótesis del inconsciente, propuesta por Sigmund Freud, cambió por completo la concepción del mundo y las implicaciones del trabajo a partir de una escucha terapéutica. Freud (1991) propone una gran diferenciación entre individuo, persona y sujeto y la relación única entre sujeto e inconsciente, tema que será mejor abordado en el último acápite del tercer capítulo. Asimismo, menciona que la vía regia para acceder al inconsciente es el sueño, y, entre otros, están también los lapsus, especialmente, el *lapsus linguae*.

Al final, estamos habitados por un lenguaje y es gracias a la escucha terapéutica en los pacientes y la formación de sus estudiantes que él se puede dar cuenta de la falta en la que nos encontramos como sujetos, hablantes y *deseantes*. Al ser sujetos hablantes nos producimos en el lenguaje y a través del cual podemos dar cuenta de la emergencia del sujeto dentro de la estructura de ese lenguaje. Emergencia que da cuenta de un discurso Otro que, evidentemente, es el discurso del inconsciente que se lee en esos lapsus.

Como se ha mencionado, el lenguaje está presente en casi toda la construcción lacaniana y, para llevar a cabo el título sobre el que versa este acápite, se tomarán en cuenta conceptos como el registro simbólico. Es a través de este registro en el que se acentúa la cercanía entre la lingüística, el lenguaje, la palabra; por supuesto, tal como lo propone Lacan, el registro simbólico se entiende solo desde el anudamiento con el registro imaginario y el registro real. El análisis que propone este trabajo no deja de lado a lo imaginario ni a lo real, sin embargo, hará un especial énfasis en lo simbólico.

Para poder explicar el orden de lo simbólico, se tomará en consideración un análisis breve del esquema L, trabajado en el seminario II *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1983), a través del cual, se explican los tres registros. Para el objetivo de este trabajo, tomaremos las reflexiones sobre lo simbólico en su ligazón con las relaciones intersubjetivas en el anudamiento con el lenguaje, ya que esto sirve de punto de partida hacia una pequeña definición y delimitación del concepto de significante.

Se denomina esquema L (*Ver* Figura 8), porque su gráfico se asemeja a la letra griega *lambda* y lo que trata de definir este esquema son las relaciones que sostiene un sujeto con sus semejantes, con sus pares. En el esquema L, se puede ver la barrera que la instancia del yo genera en el análisis, para con uno mismo y para con los otros; además, se lee el modo en el que el sujeto se auto-(re)presenta y se auto-engaña, las relaciones del yo con el inconsciente y el lenguaje, el lugar que ocupa este sujeto y sus diferencias en las representaciones y discursos.

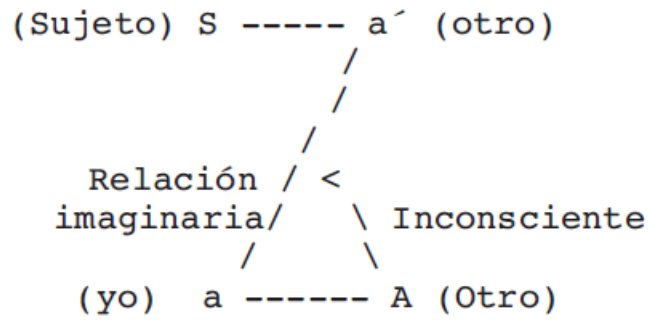


Figura 8. Esquema Lambda. (L)

Fuente: Jaques Lacan (1983). Seminario II. Introducción del Gran Otro.

El esquema L marca la incursión de Lacan en el campo de la topología, estudio matemático de las formas y áreas geométricas en relación a una posición de un elemento frente a otros, en el que se excluye cualquier relación de media o espacio entre ellos, sino que se trata de un espacio continuo. De este modo, el esquema L intenta demostrar esa representación entre las relaciones, representación, no del espacio que existe entre éstas, sino las uniones que se producen entre estos elementos por medio de la vecindad, continuidad, interposición y secuencia.

En este esquema se encuentra la nomenclatura algebraica que caracteriza a Lacan, para el cual él utiliza el término *matemas*. Es necesario aclarar que la aritmética (1, 2, 3...) es diferente al álgebra que es parte de las matemáticas (z, x, y...), pero en tanto que el álgebra permite reemplazar un valor numérico por un valor lógico, siendo así que se pueden observar las interrelaciones de un sistema y sus conexiones, por ejemplo: $ax + ay + az = a(x+y+z)$.

El esquema L se conforma por esta nomenclatura, *matemas* y vectores. Los *matemas* están designados por líneas a las que les corresponde un punto y el vector distingue las relaciones estructurales y las direcciones de esas relaciones. Este esquema está compuesto por cuatro elementos, los cuales son: el yo, el otro, el Sujeto y el Gran Otro.

El *yo* consiste en la instancia, que trata de generar y producir la representación propia de sí mismo para el sujeto y, por lo tanto, intentará crear una imagen que no tenga fallas ni fisuras. La organización *yoica* dejará a un lado todo lo que no esté de acuerdo a sus necesidades o pretensiones narcisistas, siendo así que se instaura sobre elementos de la

realidad y concepciones de uno mismo que pueden ser o no ser, ya sea en la realidad efectiva o en el imaginario. Es por eso que, aquí, se figura el (auto) engaño, ilusiones y espejismos. Se lo representa con la letra *a* del francés *autre* que se lo traduce como “otro”.

El *otro* es designado con la letra *a'* que también se lee *autre* y representa al otro semejante, al otro par. “Je est un autre” como lo dijo Rimbaud (1999) en su correspondencia a Georges Izambard (p. 88). En el esquema, ambos elementos se leen del mismo modo pero no son intercambiables en tanto que el uno es constitutivo del otro y es por eso que se puede decir “el yo es otro” que corresponde al fenómeno de proyección y “el otro es yo” que se asocia con las identificaciones. Para Lacan (1985), en el estadio del espejo señala que el yo se estructura en el exterior, en tanto que la imagen que se genera en el espejo para el niño se da en un encuentro con un otro reflejado en la imagen y ahí se produce la alienación que lo conducirá a lo largo de su existencia y el encuentro con su imagen unificada gracias a la vuelta por el semejante. (p. 104)

Aquí, (Ver Figura 9), se produce el primer vector que es la relación yo-otro que va de *a* hacia *a'* o viceversa en esa relación homogénea imaginaria de espejo. A esta relación, Lacan la llamará el “eje imaginario”, porque como se ha señalado, el yo se construye en esos espejismos y en bases imaginarias provenientes por estas proyecciones e identificaciones hacia y desde el exterior.

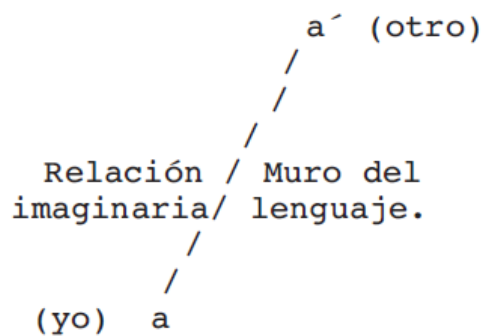


Figura 9. Esquema Lambda.

Fuente: Jaques Lacan (1983). Seminario II. Introducción del Gran Otro.

A este segmento del esquema, Lacan (1983) también lo llamará “muro del lenguaje” (p. 266), porque cualquier discurso que se produzca en este eje imaginario impide acceder al verdadero conocimiento, esto es la “palabra plena” (Lacan, 1983, p. 210). Donde se dice lo que no se quiere decir (ahí aparece el Sujeto y la expresión del inconsciente a través de la deformación) y la palabra puede unirnos al discurso, pero es también revelación. Es decir, en este eje se halla el discurso común, “palabra vacía” (Lacan, 1983, p. 210), porque se producen en el sentido de (re)confirmación de uno en el otro y viceversa en el que se juegan en el imaginario que supone un yo que se encuentra en otro yo. Lo que está más allá del eje imaginario, del muro del lenguaje es desconocido para el sujeto.

El *sujeto* se refiere al sujeto analítico, el sujeto no en su totalidad (Lacan, 1983, p. 266), por lo tanto, jamás va a coincidir con el yo, porque la realidad del sujeto se encuentra precisamente en el inconsciente.

Al Otro se lo representa con el *matema A*, se diferencia del otro *a* pequeño. Este es el “Gran Otro”. El Gran Otro tiene dos aspectos: el primero como la alteridad fundamental. Pero en el que no hay identidad porque trasciende todo lo ilusorio e imaginario y está más allá del muro del lenguaje; y, el segundo aspecto, como un espacio que es necesario para la comunicación con el otro sujeto, pero que es imposible de alcanzar, una vuelta necesaria.

Lacan ubica en el Otro la estructura del lenguaje y la ley. Se halla constancia en el Gran Otro del registro simbólico, donde se encuentra la palabra y que es totalmente desconocido por el yo que está atravesado por lo ilusorio que es necesario (el yo). Es por eso que se genera la ilusión de que el yo es el responsable de la palabra, pero no es así ya que ésta se produce en el Otro. Es por esta razón que Lacan nombra al Otro como el tesoro de significantes. Significantes que, aparentemente se muestran vacíos.

Se entiende, entonces, que el lenguaje siempre nos precede y no nos pertenece. Cuando nacemos, en el mundo una serie de significantes provenientes desde el Otro vendrán a ubicarnos en un marco de referencia, en la alteridad, en lo familiar e incluso en lo social. Los significantes que vienen desde el Otro son fundadores del sujeto y lo atrapan en este orden simbólico.

Aquí, (*Ver* Figura 10), se encuentra el segundo vector, que es la relación Otro-Sujeto. El vector $S \rightarrow A$ señala la creación simbólica, esta creación es siempre inconsciente porque el sujeto está a merced de los designios provenientes del Otro, el cual otorgará ciertos lugares de estructuración para el sujeto a través de los significantes, afirmando que “el inconsciente es el discurso del Otro” (Lacan, 1981, p. 779). Pero también se puede leer el vector $A \rightarrow S$, el cual expresa la simbolización de lo real, en tanto que, el lenguaje que los sujetos emplean, los trasciende porque este lenguaje los precede; no obstante, deben emitir algo y el mensaje que se construye y se transmite es una transformación, una recreación de lo real.

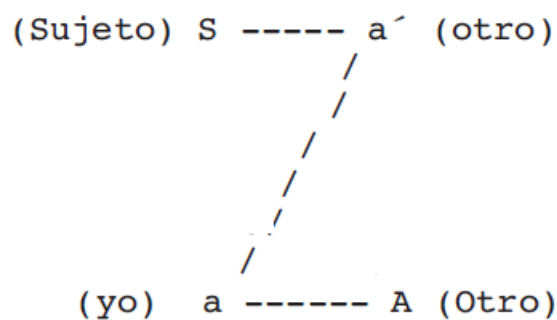


Figura 10. Esquema Lambda.

Fuente: Jaques Lacan (1983). Seminario II. Introducción del Gran Otro.

Para Lacan, la introducción de este esquema permite colocar la palabra en el plano de lo intersubjetivo, lo que eventualmente marcará la separación de la lingüística saussureana y distinguirá a la palabra frente al lenguaje, al signo lingüístico y, por lo tanto, al significante. Para el autor la palabra es la función de lo simbólico, mientras que el uso del lenguaje es totalmente imaginario.

Recapitulando a Saussure, el lenguaje abarca a la lengua y al habla, distinguiendo a la lengua como el objeto de estudio para la lingüística. La lengua es una convención social constituida por un sistema de códigos, el código es el signo lingüístico, el cual está compuesto por un concepto, que es el significado, y una imagen acústica que es el significante. El signo es también un hecho social y posee el mismo valor “universal” para toda la comunidad hablante, así se genera la comunicación, ésta se da a través del habla con la que se expresa el uso particular del código. De este modo el signo saussureano se expresa (*Ver* Figura 11).

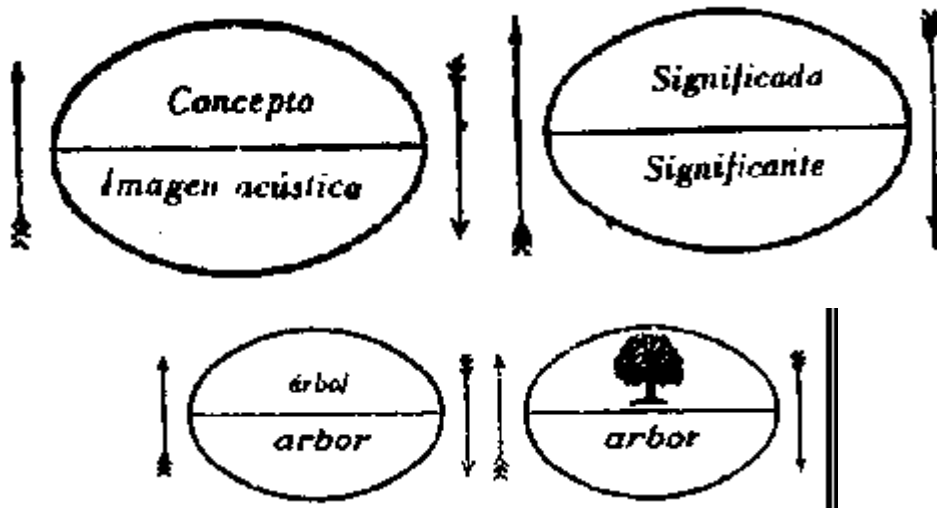


Figura 11. Signo lingüístico

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

La interpretación lógica de este esquema es que la elipse y las flechas señalan una función que se relaciona con dos variables que se encuentran expresadas a cada lado de la barra, entendiéndose entonces, que la función relaciona dos conjuntos: el conjunto de los significados y el conjunto de los significantes y aquí tanto la elipse como la barra, representan la unión indisoluble entre estos dos conjuntos. Y Lacan modificará radicalmente el signo saussureano para poder expresar su fórmula a modo de algoritmo.

Lacan tomará como punto de partida el sueño y lo que se escucha en la práctica psicoanalítica. Freud ya había mencionado que el sueño es la vía regia hacia el inconsciente y, si el sueño se caracteriza por dejar entrever algo desconocido para el sujeto, en esa transposición del contenido latente en el contenido manifiesto, el yo demanda una traducción, como si se tratara de un texto. Se podría pensar, entonces, que la teoría saussureana del signo lingüístico en el desplazamiento de significado/significante podría ser equiparable al desplazamiento que se produce en el sueño entre contenido manifiesto y latente.

Pero, cuando estamos en el terreno del inconsciente, las cosas suceden de un modo diferente. La teoría de Saussure no es homologable a la teoría del inconsciente por dos cuestiones:

a) Lacan advierte que, en la práctica analítica, lo que se escucha es una primacía del significante sobre el significado, lo que será desarrollado a continuación del presente trabajo.

b) El valor “universal” del signo lingüístico, en Saussure, no es universal en el dominio singular del inconsciente de cada sujeto.

Siguiendo la vía regia, un sueño, fuere el que fuere, posee un sentido singular, particular y único para quien lo sueña (con toda la confusión de sentido que en el sueño se encuentra), por lo que la universalidad del signo, como lo plantea Saussure, no es aplicable en el sueño, porque no se puede hablar de un simbolismo onírico, y porque para cada sujeto su sueño es particular y con elementos singulares que solo hacen sentido para aquel que lo experimenta y lo relata.

El sentido del sueño se lo descifra gracias al descubrimiento de Freud, en el que cada formación del inconsciente trae consigo un mensaje que debe ser traducido, codificado y que su discurso, aparentemente azaroso, cobra sentido a través del proceso de análisis en la puesta en juego de la regla fundamental, la regla de la asociación libre. “El sujeto no sabe lo que dice, y por las mejores razones, porque no sabe lo que es” (Lacan, 1983, p. 367)

Es con estos cimientos que Lacan (1984) producirá el giro y cambio al algoritmo saussureano. En primer lugar, se altera el orden de los elementos y, para Lacan, el significante tiene una primacía sobre el significado, que es el efecto del significante. De esta forma, el esquema queda así:

Significante (S)

significado (s) (p. 515)

Se lo interpreta lógicamente sin la elipse y sin las flechas representando la relativa libertad de un conjunto en relación al otro, eliminándose, así, la relación limitada entre significante y significado. Se invierte el orden en el que se lee “significante sobre significado”, en el que la palabra *sobre* manifiesta a la barra que separa a los dos campos. Esta barra no significa una división, sino una separación estructural entre significante y significado.

La posición primordial del significante y el significado como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación (...) Esto es lo que hará posible un estudio exacto de los lazos propios del significante y de la amplitud de su función en la génesis del significado. (Lacan, 1984, p. 183)

Pero, ¿por qué se produce la primacía del significante sobre el significado? Para Saussure, el significante es la imagen acústica, imagen que es la *representación* del concepto y; para Lacan, “El significante, a la inversa del signo, no es lo que *representa* algo para alguien, es lo que *representa* precisamente al sujeto para otro significante” (Lacan, 1993, p. 18). *Cursivas mías.*

Para comprender esta formulación debemos retomar a Freud, especialmente en sus trabajos sobre *La represión* (1992) y *Lo inconsciente* (1992), y con la construcción de su término, *Vorstellungsrepräsentanz*, que se traduce como *representante de la representación*, con la aportación de Lacan. Debate de traducción de sumo interés, pero que no será abordado, puesto que requeriría de todo un trabajo que, actualmente, excede a esta investigación.

El campo de las representaciones ha tenido un largo trabajo a lo largo de la historia, como ya se mencionó en el capítulo designado a Saussure acerca del *Crátilo* de Platón. El representante no puede ir sin su representación. Y este es el problema que se le presenta a Freud y por el cual se ve obligado a construir el término *Vorstellungsrepräsentanz*. *Vorstellung*, como la representación en tanto elemento psíquico estructural, y, *Repräsentanz*; al representante en el sentido de una función.

Para poder llegar a la creación del *Vorstellungsrepräsentanz* (representante de la representación), Freud comienza a interrogar qué es una representación y cómo se liga esa imagen o a qué se funda, en tanto que la problemática es unir el dominio de lo físico y el dominio de lo inconsciente. En *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1992), Freud acuña el concepto *Trieb*, pulsión, con el cual intenta ver la relación de lo psíquico en los estímulos fisiológicos internos del cuerpo que son generados, también, por un estímulo externo (madre, cultura, etc.). La pulsión es el límite entre lo somático y lo psíquico.

En esta obra, a la pulsión le da el estatuto de *Psychische-Repräsentanz*, a través de la cual se puede designar la relación entre los procesos o los elementos endosomáticos con los que la pulsión encuentra su engranaje psíquico. La pulsión no se estanca únicamente como el representante del estímulo interno del cuerpo, sino que seguirá generando las siguientes *Vorstellung* (representaciones) en el sujeto.

Para Freud, la representación está compuesta por las sucesiones de la representación más un quantum de afecto.

Una agencia representante de pulsión, entendiendo por [ella] a una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés) (...) junto a la representación (*Vorstellung*) interviene algo diverso, algo que representa (*repräsentieren*) a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente de la representación. Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de monto de afecto *Affektbetrag*. (Freud, 1992, p. 147)

Estas sucesiones de la representación se producen por la represión en sus tres expresiones: primaria, secundaria y en el retorno de lo reprimido. Recordemos, *grosso modo*, que el objetivo de la represión es mantener alejado de la consciencia cualquier elemento que esté en incongruencia con el yo, a través de la sustracción de la investidura energética o libidinal.

Así, la represión primaria apunta hacia dos lugares: en primer lugar, al representante psíquico reprimido (*Psychische-Repräsentanz*), lo que es imposible de evocar conscientemente, lo que se discurre de la consciencia y, por lo tanto, no puede ser recuperado por medio del recuerdo. Se presenta en las formaciones del inconsciente (sueños, lapsus, etc.), donde el sujeto no posee control de lo que representa.

En segundo, lugar como fijación de la pulsión, es decir, que la represión primaria solamente puede reprimir a los representantes psíquicos que se encuentran ligados o soldados a la pulsión, porque la pulsión, en tanto fuente de estímulos endosomáticos, puede escapar a la represión y es, así, que Freud menciona al *Triebrepräsentanz* (representante de la pulsión) y señala que aquello que se reprime, es aquella

representación de este representante de la pulsión. Es en esa soldadura inmutable de esta primera fijación pulsional con la representación, que le da el estatuto de inconsciente al inconsciente para que se constituya como tal.

La represión secundaria es aquella en la que ejerce su función sobre aquellos retoños psíquicos del *Psychische-Repräsentanz* (representante psíquico), que han logrado burlar, en cierta medida a la censura, porque han sido vinculados asociativamente con el representante reprimido. No obstante, su destino es el mismo que en la represión primaria, evitar su evocación consciente, pero aquellos que atraviesen la censura en tanto que se alejan asociativamente de lo reprimido primordial pueden albergarse como preconscientes y podrán surgir en conscientes.

El retorno de lo reprimido se refiere a estas asociaciones o retoños psíquicos del representante reprimido, que devienen en conscientes como síntomas y formaciones sustitutivas, ya sea por el distanciamiento y deformaciones de aquellas asociaciones con lo reprimido, o por trazas de huellas que se interfirieron entre la representación y lo reprimido primario. Es necesario aclarar que la represión no limita al *Triebrepräsentanz* (representante de la pulsión) a continuar existiendo en el inconsciente, organizándose y produciendo distintas formaciones del inconsciente y anudando esas conexiones con otras asociaciones.

Para Freud, el *quantum* de afecto no puede ser reprimido por la represión en tanto que no existe un afecto inconsciente, dado que lo que se reprime, como se ha mencionado, es la representación del representante que se encuentra ligada al afecto (energía psíquica, libido, interés, etc.), mientras que el destino de la representación es el inconsciente; el afecto experimenta otro tipo de “represión”, que se deriva en tres destinos diferentes.

Freud, en *Lo inconsciente* (1992), ya articula y relaciona a la pulsión, el representante y la representación de deseo, al ser el inconsciente donde habitan las representaciones, las cuales son “investiduras basadas en huellas mnémicas” (p. 174), en tanto que los afectos corresponden a procesos de descarga. “Los afectos y los sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas manifestaciones finales son percibidas como sensaciones.” (p. 174).

El factor cuantitativo del afecto es el que permite poder acercarnos al inconsciente, ya que es con el monto de afecto depositado, con el que se puede dar cuenta del destino de la pulsión. “Si la pulsión no apareciese bajo su forma de afecto, no podríamos saber nada de ella” (Freud, 1992, p. 82). Es decir, podemos dar cuenta de la pulsión por su representación, la cual es consciente, pero, del mismo modo, el afecto de ésta no puede ser totalmente inconsciente porque la pulsión puede ser satisfecha o parcialmente satisfecha con el respectivo *quantum* en las manifestaciones afectivas.

Lo que interesa son aquellas represiones que no han podido lograr su función y han permitido que algo se desplace hacia lo consciente, en tanto que, por medio del retorno de lo reprimido, bajo síntomas se podrá dar cuenta de lo inconsciente. Es así que los destinos del afecto son:

- a) Es nulo o suprimido completamente como en la histeria.
- b) Se transforma en otro tipo de afecto cualitativamente diferente como en el caso de la neurosis obsesiva.
- c) Es transformado en angustia como en la fobia.

Dos elementos diferentes (pulsión y un elemento del aparato psíquico) pueden funcionar y relacionarse, y la soldadura, unión, ligazón de estos dos, es lo que va a ejercer su función de representante de la pulsión (*Triebrepräsenz*) y que, a partir de esta fijación, pueda entonces ligarse a otros representantes, produciéndose así, entonces, la representación.

Para Freud el problema que ahora surge es en relación a las huellas mnémicas, que son tales cuando son aisladas, pero se transforman en huellas mnémicas cuando entran en relación y deben ligarse con otras para poder acceder al recuerdo.

La creación del término *Vorstellungsgrepräsentanz* (representante de la representación) es precisamente la continuación de la problemática, en Freud, acerca de las representaciones de las palabras (*Wortvorstellung*) y las representaciones de las cosas (*Sachvorstellung*). Entonces, se genera la siguiente pregunta ¿qué es una representación; y, es ésta una huella mnémica? La respuesta es no.

Para que una huella mnémica sea tal, es necesario que sea impregnada por el objeto, cuya impresión proviene desde los sentidos y, para que esta huella mnémica sea transformada en una representación (*Vorstellung*), es imprescindible que le sea otorgada esta impresión por una investidura energética o libidinal, la cual es proveniente del yo. Se puede decir, entonces, que la *Vorstellung* (a modo de analogía del signo lingüístico en Saussure) y, como lo menciona Sauval (2007), es un espejo de doble cara en donde se fijan la impresión proveniente de los sentidos y la investidura que proviene del yo.

Lo que pudimos llamar la representación-objeto {Objektvorstellung} consciente se nos descompone ahora en la representación-palabra {Wortvorstellung} y en la representación-cosa {Sachvorstellung} que consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella. De golpe creemos saber ahora dónde reside la diferencia entre una representación consciente y una inconsciente. (Freud, 1992, p. 197-198)

Se entiende, entonces, que las representaciones son inconscientes, en tanto que falte el nexo o catalizador para la asociación de éstas entre la representación-cosa y en la representación-palabra. De este modo, el *Objektvorstellung* (representación-objeto) es un nuevo elemento en la que se impregna la función que acuñe toda representación: *representar algo en la conciencia*. Se podría entender, entonces, las *Sachvorstellung* (representación-cosa) son las que se encuentran en el inconsciente y que podrían ser representaciones particularmente visuales. Sin embargo, el sujeto piensa, olvida, recuerda, sufre, existe, a través de las *Wortvorstellung* (representación-palabra), que, singularmente, son sonoras, y las cuales también tienen una impresión sensorial, por lo cual pueden ser tomadas en cuenta como representación-cosa y, por lo tanto, también ser inconscientes.

Se concluye, entonces, que la *Vorstellung* (representación) será inconsciente en tanto que ésta sea reprimida y se registre en el inconsciente como una huella mnémica (que guarda una similitud con el objeto [Repräsentanz]), y todo lo que en esta inscripción se relacione de forma sonora o visual, mas no la relación sensorial *per sé*, sino la relación de un signo con otro signo. Freud denomina a esto cadena asociativa.

Es por medio de la represión que se aísla un significante y en donde se observa el dominio primordial del significante sobre el significado. Recordemos el caso del olvido de Signorelli, en Freud, trabajado en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1991). Lo que olvida es, precisamente el nombre Signorelli, pero no su significado, ya que se encuentra en todas los elementos desplazados y sustitutivos en los que relata Freud. Pero lo que olvida es *Signo*, porque *elli* se encuentra asociado en Botticelli, Boltraffio, que son elementos evocables a la consciencia. Aquí, el significante es *Signor* porque eso es lo reprimido y lo que no accede a la conciencia, por las características que rodean a *Signor* para Freud. Signorelli es el nombre olvidado pero cuyo significado está siempre presente en todas las formaciones y *Signor* es el significante, en tanto es lo que falta. (Ver Figura 12).

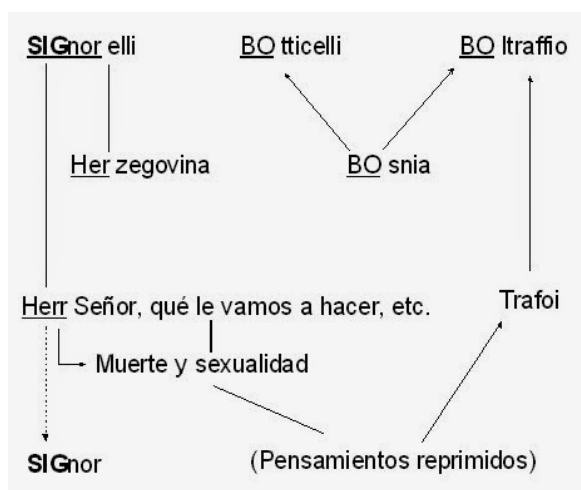


Figura 12. Olvido de Signorelli.

Fuente: Sigmund Freud (1991). *Psicopatología de la vida cotidiana*.

Según Lacan, “Lo reprimido no es lo representado del deseo, la significación, sino el representante –traduje literalmente– de la representación.” (Lacan, 1987). Además menciona que “Vorstellungsrepräsentanz es en rigor equivalente al término y noción de significante.” (Lacan, 1984, p. 225). Es decir, para Lacan, lo reprimido no es el representante en sí, sino la fijación de la *Vorstellungsrepräsentanz* (representante de la representación) en la inscripción del deseo en una representación, la cual mantiene una relación con el objeto, en tanto existe una referencia hacia sí (visual o sonoro), del mismo modo como en Freud, al remitir a la imagen (huella mnémica investida) de la cosa o a la imagen del sonido.

Con este recorrido podemos retomar lo mencionado anteriormente, en referencia con el sueño. El contenido manifiesto del sueño, por sí mismo, no puede señalar su significado, no obstante; la producción del sueño, (su relato, su discurso y su evocación) sigue siendo una *representación* mental (una imagen acústica, impresión de una huella en la psique), en consecuencia, un significante y, eso es lo que se escucha en la práctica analítica y, por lo tanto, ahora se entiende, por qué el significante se encuentra sobre el significado y no al revés.

De este modo, se puede explicar y entender la fórmula lacaniana del algoritmo saussureano. Un significante solo tiene relación para otro significante anudándose en una cadena que, a partir de la cual, se irá produciendo el significado (efecto del significante) en modo retroactivo. Por lo tanto, para que un significante tome un efecto de sentido, es necesario que al menos exista otro significante en la cadena significativa. (Lacan, 1983, p. 481-482). La fórmula de Lacan, entonces, es precisada en la siguiente forma:

$$\underline{S1—S2—S3—S4—Sn}$$

significado

El significante tiene dos características que son:

- a) Materialidad: el significante es distinto a otros significantes.
- b) Combinación: el significante puede relacionarse y combinarse con otros significantes.

Estas propiedades se articularan con la metáfora y la metonimia, que son elementos de la retórica en el lenguaje. Propiedades que se las analizará más adelante, en el último acápite de este capítulo.

En la lingüística, donde no existe un sujeto subjetivo ni particular, excepto como individuo de una comunidad que usa una lengua para un medio verbal de comunicación, Lacan, con este recorrido teórico, al colocar al lenguaje como un muro, y al darle una significancia de primacía al significante, logra producir no solo un giro a un concepto

lingüístico, sino que vuelve a otorgar el reconocimiento de sujeto al sujeto (del inconsciente, de la enunciación, del enunciado).

2.1 “Inconsciente estructurado como un lenguaje”

Recordemos que, en matemáticas y en álgebra, en la nomenclatura a^n o $a+b+c+n$, el término n significa que el número o la serie se extiende hacia el infinito. Y en la fórmula de Lacan se aprecia la misma letra n : $S_1—S_2—S_3—S_4—S_n$. Esto cuestiona si la cadena significante es infinita.

Para Lacan, la cadena significante no es infinita y, lo explica desde la noción de puntada con el punto de capitoné o bastas de acolchado. La puntada es un elemento que introduce Lacan a partir de una reformulación del concepto de valor en Saussure, y el cual está desarrollado en el grafo del deseo, al cual Lacan dedicará dos seminarios: *Las formaciones del inconsciente* (1984) y *El deseo y su interpretación*. (1984).

En Saussure, la delimitación del signo lingüístico se produce a través de la significación, la cual se genera de dos formas. La primera, se origina al tomar un signo y aislarlo de la cadena; y, la segunda, surge en consecuencia de contrastar dos signos en la cadena y, esta diferencia, es la que se denomina valor. Recordemos que para Saussure, la cadena de significados y la cadena de significantes comparten una segmentación correspondiente, dada la naturaleza del signo lingüístico: la unión inseparable entre significado y significante, gracias a la arbitrariedad. (Ver Figura 13).

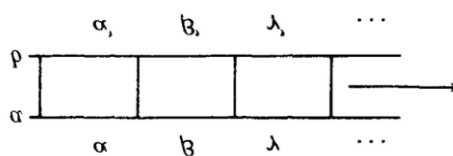


Figura 13. Cadena significante

Fuente: Ferdinand de Saussure (1945). Curso de Lingüística General.

Si cortamos un segmento de la cadena, en ese corte existe un significado α que le corresponde su significante α' y así sucesivamente. Para cada dupla, en cada *corte* le corresponde también una significación. No obstante, la significación de α/α' no expresa

algo si está aislada de la cadena significante. Solo por la oposición y combinación en la cadena se puede llegar a tener un valor. Es decir, el valor de la significación se obtiene dentro del análisis de la cadena, en la que se encuentra una serie de signos lingüísticos y que a cada unidad (β/β') le antecede y le precede otros signos lingüísticos (α/α' y λ/λ'). Por lo tanto, es el contexto lo que delimita a cada signo lingüístico y, el contexto en sí, es el conjunto de otros signos lingüísticos, de este modo, la propiedad de valor del signo solo se halla en relación a todos los signos de la cadena.

Si en la cadena saussureana, a cada unidad le corresponde un significado y significante de fusión indisoluble, entonces no existe un flujo de significantes y solo están delimitados por el corte que los une y el valor en cada segmento único y fijo con respecto al siguiente corte. Lacan, con su reformulación del signo en algoritmo, permite que exista un flujo de significantes y un flujo de significados, en tanto que ya no existe la elipse ni las flechas, y ya no se trata de un corte para unir y delimitar el significado y el significante, como en Saussure, sino que introducirá esa delimitación y “valor” con la noción de puntada (Ver Figura 14).

El capitoné es una forma de tapizado clásico, muy elegante, que se caracteriza por el acolchado en relieve siguiendo una pauta regular y ordenada, como un diseño geométrico. Los puntos hundidos sobre el relleno se consiguen tensando cordeles de lado a lado en *nudos falsos*, añadiendo luego unos botones que cumplen la función de ocultar el cordaje y *el último nudo enlaza completamente los puntos*. (Barón, s.f.). *Cursivas mías.*

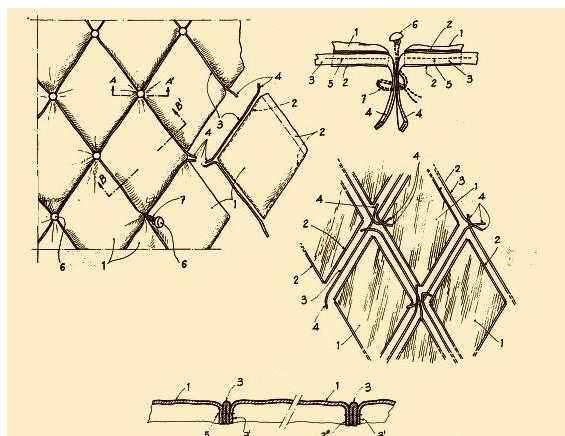


Figura 14. Capitoné

Fuente: Fernando Baron (s.f.). Cómo hacer un capitoné.

Para Lacan, la puntada es el mecanismo a través del cual "el significante detiene el deslizamiento de la significación que, de otro modo, sería indefinido." (Lacan, 1984, p. 785). Produciéndose, entonces, en esa tensión la asociación entre el significante y el significado dentro de la cadena. Observemos el esquema de Lacan. (Ver Figura 15).

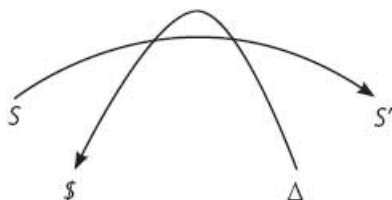


Figura 15. Esquema de la puntada.

Fuente: Jaques Lacan (1984). Escritos. Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano.

En el esquema, el vector $\Delta \rightarrow \$$ representa la puntada la cual atrapa y delimita a la cadena de significantes SS' . Se puede ver la analogía con Saussure en los cortes a/a' , β/β' , λ/λ' , los cuales son aplicados únicamente a unidades específicas; la diferencia en Lacan es que la delimitación a la significación que produce la puntada abarca toda la cadena hablada en todo el discurso, a todas las frases y no solo a cada palabra de una oración como ya vimos en Saussure.

Si se presta atención, el vector $\Delta \rightarrow \$$ va hacia atrás, es decir, de forma retroactiva. Se requiere de al menos dos significantes para producir un efecto de sentido (valor en Saussure), pero el sentido se da como efecto retrógrado en el vector y la significación en este proceso se genera, únicamente, al finalizar la articulación que se produce en cada significante con respecto al otro. Por ejemplo:

Ay.

Ay, querido.

Ay, querido, quiero.

Ay, querido, quiero más.

Ay, querido, quiero más té.

Como en la tapicería, el punto de capitoné produce los agujeros por el entrecruzamiento de la tensión entre los hilos y, la estrechez que se produce entre estos,

se genera al tirar todos los hilos en un único movimiento. Para Lacan la puntada a través de la enunciación (la puntuación en cada frase) representa esa tensión de los hilos, y el efecto retroactivo, en cada uno, produce la estrechez y, por lo tanto, la significación de toda la cadena produciendo en cada ocasión un nuevo sentido.

Dentro del análisis psicoanalítico, la cadena significante que fluye por medio de la asociación libre no se encadena de forma azarosa. Es cierto que en un inicio todo discurso parece ser caótico y de difícil traducción, no obstante, el discurrir de la cadena va adquiriendo un sentido y ordenándose de una forma lógica frente a la interpretación del analista. A lo largo del análisis, se van escuchando discursos que circulan y desembocan frente a los mismos significantes, como si se trataran de una repetición para dar cuenta de algo inconsciente.

Retornamos a Freud, en *La interpretación de los sueños* (1991), ya se interroga acerca de ciertos puntos en los que convergen algunas representaciones:

Ahora bien, ¿cómo debemos concebir el estado de la psique durante el dormir, que es precedente respecto del soñar? ¿Coexisten yuxtapuestos todos los pensamientos oníricos, o discurren sucesivamente, o varias ilaciones coetáneas de pensamiento se forman desde diversos centros para reunirse después? (p. 289)

Estas representaciones que confluyen en los mismos temas, son los puntos de capitoné, los cuales funcionan como una representación central que otorga un sentido metafórico a las demás representaciones en cada puntada, resignificando todo.

Con la última puntada del capitoné, la cual a modo de analogía, da la estocada final al discurso dentro del análisis y se cierra, se anuda, se detiene el desplazamiento de la cadena significante. El discurso del sujeto se resignifica en análisis con la última puntada, produciendo un efecto de sentido y el detenimiento de la cadena significante. Con cada nueva puntuación, con cada punto de capitoné se resignifica todo el sentido en cada frase y, es el efecto que produce la última palabra, la última puntuación o la última frase, la que genera una nueva significación y efecto de sentido a todo, para luego volver a comenzar.

2.2 Lacan: metáfora y metonimia

Saussure identifica dos ejes del lenguaje, analizados en el acápite sobre las relaciones paradigmáticas y las relaciones asociativas. Estos dos ejes siempre están presentes en todo acto de hablar, de pensar, de escribir, de imaginar, etc. Estos actos requieren: a) la selección de elementos para formar una serie de unidades lingüísticas que están almacenadas en el léxico; y, b) combinar esas unidades lingüísticas entre sí.

Roman Jakobson, un gran pensador del siglo XX, lingüista ruso y uno de los fundadores del Círculo de Praga, cuyos trabajos revolucionaron el campo de la lingüística y la poesía (Enciclopedia británica, 2014). Trabajó sobre el análisis de la metáfora y la metonimia, elementos retóricos del lenguaje, en pacientes con afasias y que los coloca en dos ejes: eje sintagmático y el eje paradigmático.

El desarrollo de un discurso puede hacerse a lo largo de dos líneas semánticas diferentes: un tema lleva a otro, ya sea por similitud o por contigüidad. Indudablemente, sería mejor hablar de proceso metafórico en el primer caso y de proceso metonímico en el segundo, ya que es en la metáfora y en la metonimia donde ellos encuentran su expresión más condensada. (Jakobson, 1985, p. 133-134)

El eje paradigmático es el exponente de las selecciones, las sustituciones, es decir, podemos encontrar elementos lingüísticos similares y equivalentes entre sí y, por lo tanto, pueden ser intercambiables porque son semejantes. En este eje se ubica a la metáfora en la lengua, en tanto que su principio es el de designar algo a través del nombre de otra cosa, pero que conserva la semejanza reemplazable. Por ejemplo, en la frase “tu hermoso cabello de oro” se está sustituyendo oro por rubio.

El eje sintagmático se ubica en el habla y es el encargado de las combinaciones que se producen por la contigüidad de los elementos, por lo general, de la parte por el todo, entre otros tipos de metonimias. Aquí se sitúa la metonimia porque su característica es la de desplazar algo en un sentido traslaticio, es decir, un nombre por otro para representar una cosa distinta a la evocada. Se puede decir “jurar lealtad a la bandera” donde se desplaza la idea de bandera hacia la noción de país: “jurar lealtad al país”.

Jakobson, en su obra, alude las similitudes trabajadas, ya por Freud, en *la interpretación de los sueños*, en los mecanismos de condensación y desplazamiento, los cuales serían homólogos a la metáfora y la metonimia, respectivamente.

En todo proceso simbólico, tanto intrasubjetivo como social, se manifiesta la competencia entre los dos procedimientos metafórico y metonímico. Por ello, en una investigación acerca de la estructura de los sueños, la cuestión decisiva es saber si los símbolos y las secuencias temporales utilizadas se basan en la contigüidad (“desplazamiento” metonímico, y “condensación” sinécdoquica freudianos) o en la similaridad (“identificación” y “simbolismo” freudianos). (Jakobson, 1985, p. 141)

Para Freud, los procesos de condensación y desplazamiento son pilares esenciales para comprender el funcionamiento y operaciones del inconsciente:

Condensación: Uno de los modos esenciales de funcionamiento de los procesos inconscientes: *una representación única representa por si sola varias cadenas asociativas*, en la intersección de las cuales se encuentra. Desde el punto de vista económico, se encuentra catectizada de energías que, unidas a estas diferentes cadenas, se suman sobre ella. (Diccionario de psicoanálisis Laplanche y Pontalis, 2004, p. 76). *Cursivas mías.*

Es decir, dos o más representaciones convergen sobre una sola, sobredeterminándola, y el contenido manifiesto de un sueño sometido a análisis irá dejando recorrer las cadenas asociativas que conducen a las ideas latentes sobre el sueño, las cuales son las huellas de las representaciones inconscientes, que a su vez, son las verdaderas representaciones, pero que no se encuentran directamente explicitadas en el contenido manifiesto del sueño. Por el contrario, se encuentran sustituidas por representaciones semejantes que son las que salen en el contenido manifiesto. Y la metáfora, como se ha señalado, viene a generar esta sustitución de un significante por otro significante.

Desplazamiento: Consiste en que el acento, el interés, la intensidad de una representación puede desprenderse de ésta para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, aunque ligadas a la primera por una cadena asociativa. (...)La teoría psicoanalítica del desplazamiento recurre a la hipótesis económica de una energía de catexis susceptible de desligarse de las representaciones y deslizarse a lo largo de las vías asociativas. (Diccionario de psicoanálisis Laplanche y Pontalis, 2004, p. 98)

Se entiende, entonces, que la energía que se encuentra en una representación muy importante, puede desplazarse hacia otras representaciones de menor importancia con la que comparten una vía de acceso. En un sueño, una representación importante, inconsciente en el contenido latente, puede expresarse a través de la parte de otra representación menos significativa en el contenido manifiesto, y la cual se atribuye la representación del todo; una metonimia: la parte por el todo.

Lacan utiliza las aportaciones de Jakobson modificándolas y adaptándolas al terreno de la lógica del significante y, por supuesto con la referencia a Freud. Lacan, en *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (1984), introduce la siguiente fórmula para la metonimia. (Ver Figura 16).

$$f(S...S')S \equiv S(-)s$$

Figura 16. Fórmula de la metonimia.

Fuente: Jaques Lacan (1984). Escritos. La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud.

Indicando que es la conexión del significante con el significante la que permite la elisión por la cual el significante instala la carencia de ser en la relación de objeto, utilizando el valor de remisión de la significación para llenarlo con el deseo vivo que apunta a esa carencia a la que sostiene. El signo – situado entre () manifiesta aquí el mantenimiento de la barra (–), que en el primer algoritmo marca la irreductibilidad en que se constituye en las relaciones del significante con el significado la resistencia de la significación. (Lacan, 1984, p. 495)

En el ejemplo de metonimia “jurar lealtad a la bandera”, la palabra bandera viene a constituir el desplazamiento del “todo por la parte”, en este caso por “país”. Usando los esquemas de Dor (1984, p. 50) tenemos:

S1 → imagen acústica *país*
s1 → concepto de *país*

S2 → imagen acústica *bandera*
s2 → concepto de *bandera*

El proceso metonímico genera un nuevo significante por contigüidad del anterior al que sustituye. (Ver Figura 17).

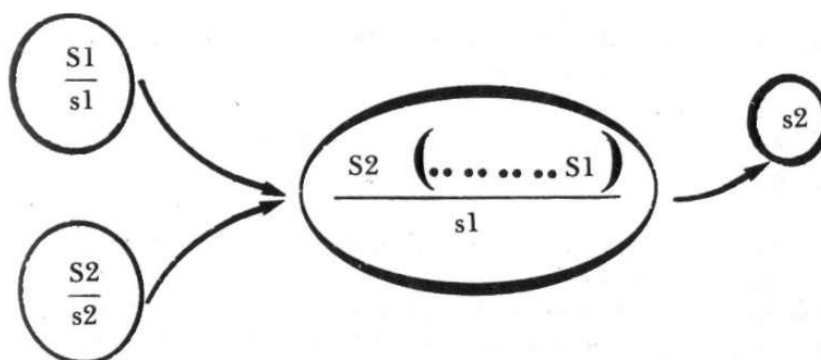


Figura 17. Proceso metonímico.

Fuente: Joël Dor (1984). Introducción. La lectura de Lacan.

Aquí, se produce un desplazamiento de S1 por S2 que es el que se atribuye el “todo” pero se mantiene sobre la barra, porque la sustitución solo produce sentido al mantener la contigüidad de S2 en S1 (que viene a ser la parte y el todo verdaderamente) y a s1 como el significado sin alterarse, siendo el s2 expulsado.

Y define a la metáfora con la fórmula: (Ver Figura 18).

$$f\left(\frac{S}{s}\right)S \approx S (+) s$$

Figura 18. Fórmula de la metáfora.

Fuente: Jaques Lacan (1984). Escritos. La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud.

Indicando que es en la sustitución del significante por el significante donde se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación, dicho de otra manera, del advenimiento de la significación en cuestión. El signo + colocado entre () manifiesta aquí el franqueamiento de la barra – y el valor constituyente de ese franqueamiento para la emergencia de la significación. Este franqueamiento expresa la condición del paso del significante al significado. (Lacan, 1984, p. 496)

En el ejemplo de metáfora “tu hermoso cabello de oro”, se reemplaza “rubio” por “(de) oro”. Es una sustitución significante. Siguiendo las ideas de Dor (1984, p. 56) tenemos:

$S1 \rightarrow$ imagen acústica *cabello rubio*

 $s1 \rightarrow$ concepto de *cabello rubio*

$S2 \rightarrow$ imagen acústica *oro*

 $s2 \rightarrow$ concepto de *oro*

Como se ha señalado, la metáfora se ubica en el eje de las sustituciones. Sustituir un elemento por otro elemento similar o equivalente en sus características, por lo que en este ejemplo se sustituye, $S1/s1$ por $S2/s2$. (Ver Figura 19).

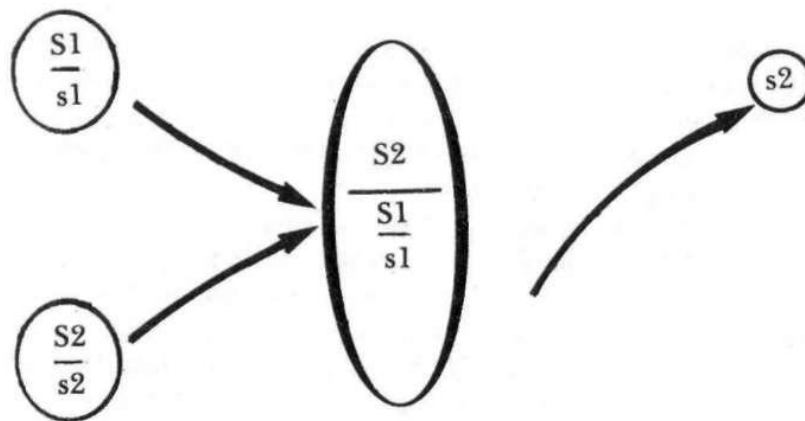


Figura 19. Proceso metonímico.

Fuente: Joël Dor (1984). Introducción. La lectura de Lacan.

Como es una sustitución, $S1/s1$ pasa por debajo de la barra de $S2/$, ocupando el espacio de significado que le correspondía a $s2$.

$S2 \rightarrow$ imagen acústica *oro*

 $S2/s1 \rightarrow$ concepto de *cabello rubio*

Aparentemente, $S1/s1$ vendría a constituir el nuevo significado de $S2$, no obstante, la significación o efecto de sentido permanece a través del significante $S1/s1$. De lo contrario, se produciría un nuevo signo lingüístico y, en lugar de evocar un cabello de oro (rubio), sería un cabello de oro (de un elemento químico metálico de número atómico 79 y buen conductor de calor y electricidad y usado en joyería, circuitos

eléctricos y odontología cuando es aleado con platino o paladio), por lo que s₂ es expulsado provisoriamente.

Podemos concluir que, es a partir del trabajo de la teoría signifiante con sus características de la cadena signifiante, la supremacía del signifiante y los procesos metafóricos y metonímicos en base a los trabajos de Freud con respecto a la condensación y desplazamiento, que Lacan justifica su trabajo en el que, si las leyes del inconsciente son equiparables a las leyes del lenguaje, con respecto a la metáfora y metonimia, entonces “El inconsciente está estructurado como un lenguaje”. (Lacan, 1987, p. 779).

3. CAPÍTULO 3

REFLEXIONES CRÍTICAS AL CONCEPTO DE SIGNIFICANTE EN SAUSSURE Y LACAN

La lingüística y el psicoanálisis comparten un campo específico de interés de estudio: el lenguaje, situación que produce encuentros teóricos y posicionamientos independientes que parten de la revisión previa de este concepto. Un sujeto, desde que ha nacido, incluso antes de su llegada al mundo, está siendo atravesado por el lenguaje. Un sujeto aprende a construir frases y oraciones, a expresar sentidos y a crear nuevas palabras. Asimismo, esta situación se puede evidenciar cuando un paciente en análisis construye y enuncia sus deseos, su angustia, lapsus, síntomas, etc., por medio del lenguaje. Sin embargo, existe un muro en el que los dos discursos se demarcan: su epistemología; a pesar de que comparten terminología.

Se debe considerar que, cuando una teoría ubica al *hombre* como centro de objeto de estudio, este adquiere un manto histórico, es decir, ese objeto de estudio está producido por una larga cadena genealógica de posturas teóricas y diversas metodologías. Repensar al hombre es introducir, dentro de las ciencias humanas y sociales, una discusión que comienza desde la filosofía y parece no tener fin. No obstante, la teorización sobre el lenguaje desmarca a los dos campos para ir a lo particular de cada uno: el lenguaje en la lingüística y el lenguaje en el psicoanálisis. Por lo tanto, la

presente disertación no intenta destruir aquellas bases, sino que intenta confluír en un punto reflexivo qué, por historicidad misma comparten y aquello que no.

Cada ciencia social y humana tiene su propio objeto de estudio, y el psicoanálisis, a pesar de no requerir la categorización de ciencia, sí requiere de su objeto de estudio: el inconsciente. Es cierto que la epistemología puede ser considerada como un elemento que delimita, elemento de doble filo, en tanto que por un lado demarca un campo de estudio de otro, pero que también autoriza puntos de encuentro teniendo en cuenta la litoralidad entre los campos. Por supuesto que el objeto de estudio varía; en la lingüística es el lenguaje humano, su estructura y fenómenos de adquisición, evolución y consciencia sobre el mismo por los hablantes; y, en el psicoanálisis, es el sujeto del inconsciente y sus formaciones.

A pesar de las diferencias, el uso y producción desde el lenguaje permite un escrutinio conceptual, una revisión argumental sobre los conceptos de las dos teorías y poner a prueba la sostenibilidad axiomática de sus constructos, frente a los avances de cada una, sin caer en un apilamiento lógico entre la una y la otra. Este trabajo ha sido un ejercicio de afinamiento, que nos permite pensar en lo que se comparte entre el psicoanálisis y la lingüística, así como lo que los diferencia.

Precisamente, Michell Arrivé (2007) menciona que estos dos campos se han ocupado del lenguaje, aunque, de un modo desigual y diferente. No obstante, apelan al mismo vocabulario de base y, por la proximidad, parecería que incluso comparten conceptos fundamentales, por lo que surge la necesidad de “confrontar las definiciones, (...) afinar las terminologías, despejar ambigüedades e incluso intentar homologaciones” (p. 14).

Hemos mencionado que la lingüística y el psicoanálisis comparten un campo: el lenguaje. Entonces, no se pueden pensar como teorías rivales en tanto que cada una de ellas manejan sus propios argumentos axiomáticos, dentro de su estructura teórica interna. Es por eso que el presente trabajo busca encontrar un punto de encuentro entre las dos disciplinas y ubicar un posible diálogo.

Una teoría, según el Oxford English Dictionary (2015), adquiere el estatus como tal porque constantemente debe ser testada a través del tiempo. Esto significa que una

teoría debe ser continuamente actualizada y contrastada frente a hallazgos teóricos y experimentales que sustentan o contradicen a la teoría. Estos hallazgos teóricos y experimentales no necesariamente deben provenir del mismo campo de estudio en sus diferentes corrientes, sin embargo, si las invenciones provienen de otros campos, sí deben compartir un elemento de estudio en común.

Por ejemplo, un descubrimiento nuevo en antropología, apoyado axiomáticamente y empíricamente con evidencia científica, va a modificar en algún nivel los conceptos teóricos en sociología, teorías de géneros, mitología, lingüística, etc. En tanto que todas estas teorías bordean un elemento de estudio en común. Si se logra realizar una ecuación que unifique a la mecánica cuántica con las teorías de la relatividad de Einstein, el descubrimiento de esa ecuación modificaría radicalmente las bases de la física y matemáticas y el entendimiento en la formación del universo. Si un hallazgo como ese se produce, entonces esa ecuación no puede ser ignorada por la física, la astronomía o, las matemáticas, sino que será puesta a prueba lógicamente, experimentalmente y contrastada frente a ecuaciones de otros modelos. Pero, para el sujeto del inconsciente y el signo lingüístico, el hallazgo de una ecuación en ese campo de estudio no tiene mayor impacto para sus bases teóricas.

Cada teoría genera sus propias interrogantes y sus propias respuestas aplicando sus métodos particulares, a fin de generar ideas para cada uno, los cuales poseen, además, su propia lengua con la que estructuran la realidad. Por lo que sería imposible establecer el diálogo entre dos campos de estudio si no se tomarían en consideración los elementos lingüísticos que comparten. Pero, pretender establecer un lenguaje común para el psicoanálisis y la lingüística, es una idea descabellada en tanto que se perdería el sentido del trabajo y aportes de cada una, y eso atentaría, incluso, en contra de las máximas que cada disciplina sostiene y ha estructurado, siendo así que también violaría el fin de este trabajo.

La imposibilidad de comparar dos teorías podría ser aplicable, únicamente, si entre las dos teorías no se comparte un lenguaje común. Ciertamente, no todos los términos creados y utilizados en la lingüística poseen las mismas definiciones dentro del psicoanálisis y muchos otros términos no tienen traducibilidad entre el uno y el otro. No obstante, el psicoanálisis hace uso de terminología proveniente de la lingüística en tanto

que ésta históricamente lo precede y cierta terminología se conserva. Los referentes permiten marcar la diferencia y así establecer un sentido de comunicabilidad, ejemplo: el signo lingüístico.

Existen varios autores y metodologías para analizar la comparación entre teorías, un proceso válido cuando existen terminologías iguales en una teoría y en otra, y con las cuales se busca ubicar posibles puntos de encuentro. En este punto, podemos introducir la teoría de la inconmensurabilidad de Kuhn (2004), la cual permite lograr una aproximación de diálogo entre dos teorías en competencia, en tanto que su corte teórico no es radicalmente popperiano. Si fuese así, tanto el psicoanálisis y algunos aspectos de la lingüística, no pasarían esa crítica. Se considera pertinente la teoría de este autor, a diferencia de las propuestas por Feyerabend (1989), como la más óptima para lograr el objetivo de este trabajo, en tanto que la proposición de Feyerabend se reduce a una inconmensurabilidad al nivel semántico, y la de Kuhn es más amplia y abarca no solo el nivel semántico, sino los métodos y la resolución de conflictos entre paradigmas sucesivos.

La teoría de la inconmensurabilidad de Kuhn (2004) se refiere a la imposibilidad de comparar dos teorías entre sí cuando no existe un lenguaje común o neutro. Siempre se pierde algo del “significado” de un término en una teoría cuando pasa hacia otra teoría, pero aun así, “la mayoría de los términos comunes a las dos teorías funcionan de la misma forma en ambas; sus significados, cualesquiera que puedan ser, se preservan; su traducción es simplemente homófona.” (p.99).

La cuestión radica, y es la tesis de Kuhn, no en la traducción de un término en una teoría T por otro para aplicarlo en una distinta teoría T', sino, en la *interpretación* que se puede realizar a partir de un concepto en un código o lengua que el intérprete conoce para poder buscar la interpretación, o el sentido en otro término de otro código o lengua por medio de la teoría referenciada. Es decir, un objeto con determinado sentido, dentro de una teoría T (signo lingüístico: unión significado/significante), puede ser entendido dentro de otra teoría T' (signo lingüístico: supremacía significante/significado), para intentar establecer el sentido de T, desconocido en T', a través de la referencia de T y, así, poder dar un nuevo sentido para T' que viene por referencialidad en T.

La imposibilidad de diálogo entre dos teorías se produce por la falta de referencialidad dentro de una teoría para poder explicar el sentido del concepto en otra teoría. Por ejemplo, en física, para medir el radio del horizonte de sucesos de un agujero negro sin carga y sin spin, se ejecuta la ecuación del Schwarzschild, la cual es el resultado de la solución a una de las diez ecuaciones de campo de Einstein, y su fórmula es $r_s = 2GM/c^2$.

Ahora, ¿qué referencias sobre física y agujeros negros aparecen en psicoanálisis? Ninguna. Los agujeros negros son un concepto que no tienen ni traducción ni interpretación dentro de las máximas psicoanalíticas y la única utilización que podrían representar en el psicoanálisis solo serían de modo descriptivo o metáfora (pero como articulación significativa podrían tener resonancia en el discurso de un sujeto), mas no como un constructo teórico: los sujetos son una singularidad existencial, como los agujeros negros, absorben y destruyen todo a su paso, pero siguen siendo vacíos. En la frase anterior, la referencia del agujero negro sirve como una descripción sobre el objeto *a* o, sobre el deseo que como sujetos escindidos, jamás llegamos a poseer ni llenar. Pero, fuera de esa descripción, el concepto de agujero negro no es un constructo con el que se puede explicar las formaciones del inconsciente ni su estructuración, así como un agujero negro no está habitado por un inconsciente.

La finalidad del diálogo entre psicoanálisis y lingüística tiene como objetivo efectuar un punto de convergencia entre los dos campos, en tanto que ambos trabajan con un sujeto que enuncia y que produce enunciados, construye frases y produce discursos. Entender cuáles son las aportaciones actuales que puede brindar la lingüística para el psicoanálisis y, asimismo, intentar pensar en el sujeto del inconsciente como lo plantea Lacan en su escisión frente al muro del lenguaje, el (auto)engaño, por mantener una lógica de discurso cubierto por una gramática por la que se esfuerza en sostenerla pero que, en su discurso, no puede evitar los vacíos y fallas en el decir.

3.1 La lingüística

Una teoría va evolucionando progresivamente a lo largo del tiempo, en este recorrido se modifican conceptos, se añaden elementos, se generan investigaciones y surgen

nuevas problemáticas que se producen de las necesidades de explicar nuevos acontecimientos generados en el mundo moderno.

En este acápite se busca contrastar los conceptos del *Cours* de Saussure frente a investigaciones de otros lingüistas. Para ello, se propone otras formas de entender el signo lingüístico a partir de las obras, de modo cronológico, de Charles Peirce, Valentín Voloshinov, Émile Benveniste y Noam Chomsky.

Se debe recordar y tomar en consideración que el libro publicado del curso, es el producto de las notas tomadas en clase de los estudiantes de Saussure y algunas notas personales de él y, por lo tanto, en la edición original existen algunas incongruencias teóricas que otros lingüistas (seguidores y no seguidores de Saussure) las han señalado y han trabajado aspectos diferentes sobre esos “errores”, los que serán analizados a continuación.

La lingüística contemporánea se cimienta a partir de los conceptos iniciados por Ferdinand de Saussure, además de visualizar la construcción de una ciencia llamada semiología. No obstante, existe un autor considerado como el fundador de la pragmática y el padre de la semiótica, Charles Sanders Peirce. Saussure y Peirce fueron contemporáneos, el uno en Ginebra y el otro en Estados Unidos. Aunque, semiología y semiótica significan lo mismo se considera a la semiología como tendencia saussureana y a la semiótica como peirceana.

Ambos autores cuestionaban al lenguaje y cada uno de ellos desarrolló su propio estilo y constructos, similares en el cuestionamiento sobre la lingüística y el signo, pero diferentes en su ejecución; sin embargo, los dos autores jamás se conocieron, ni los trabajos del uno influyeron sobre el otro. Peirce produjo una serie extensa de trabajos, los cuales fueron publicados de forma póstuma, al igual que Saussure. Los trabajos de Peirce están recopilados en ocho volúmenes, bajo el nombre *Collected Papers*.

Recordemos que Saussure se encarga de establecer una teoría exclusivamente para los signos lingüísticos, es decir, la emisión de una cadena de sonidos o escritura que es el significante, y un sentido o el concepto; el significado. Siendo así que deja a un lado otros sistemas de representaciones que son llamados signos no lingüísticos como el

sistema Braille o el lenguaje de señas en el sistema para sordomudos. Saussure se plantea cómo poder aislar el lenguaje de toda la comunidad lingüística y transformarlo en objeto de estudio.

Todo el trabajo saussureano se apoya en dicotomías (lengua/habla, diacrónico/sincrónico, significado/significante, etc. [p. 91]) de herencia cartesiana. Para el autor, estas dicotomías muestran las estructuras que forman parte del lenguaje y, como estructuras, son independientes y existen fuera de la comunidad lingüística, es decir, el hablante no tiene consciencia sobre estas estructuras; por lo tanto, Saussure puede afirmar que una lengua existe, así no la hablen. No obstante, un signo, para el autor ginebrino, es el resultado del producto de la imaginación como una actividad mental que se expresa por medio de un sistema de códigos (la lengua), de los cuales participan la comunidad y se encuentran dentro del proceso de comunicación.

Se entiende, entonces, que para Saussure, un signo lingüístico únicamente existe cuando es interpretado como un signo que trae consigo un significado y propósito para el hablante y la comunidad lingüística, por lo tanto, un signo es solo signo si tiene una interpretación para alguien más. De este modo, Saussure desecha todo aquello que accidentalmente o por casualidad emita un signo (onomatopeyas, etc.), es decir, que no todo es un signo. Este signo tiene limitaciones que han sido acordadas por la comunidad lingüística, es decir, una convención social que ha sido diseñada para permitir la comunicación.

La diferenciación entre Saussure y Peirce es que el pragmático americano se cuestiona cómo conoce el sujeto (la realidad). Este va ser el punto crítico para Saussure frente a Benveniste, también. En Saussure, la idea de realidad tiene un vínculo dentro de la mente de los hablantes y, para Peirce, esta realidad se encuentra externamente de la estructura interna de los sujetos. Peirce va a indagar en cómo los sujetos piensan, es decir, cómo usan el sentido común y su racionalización para establecer nexos comunicativos a través de signos y generar sentidos. La definición más conocida de signo que proporciona Peirce es la siguiente:

A sign, or representamen, is something which stands to somebody for something in some respect or capacity. It addresses somebody, that is, creates in the mind of that person an

equivalent sign, or perhaps a more developed sign. That sign which it creates I call the interpretant of the first sign. The sign stands for something, its object. It stands for that object, not in all respects, but in reference to a sort of idea, which I have sometimes called the ground of the representamen. (Peirce, 1958, p. 228)

A partir de la frase citada, se puede inferir que un objeto, dependiendo del punto de vista según el cual se considere al objeto y de acuerdo con el terreno en el que se encuentra, tiene diferentes interpretantes. El representamen es la forma que adopta el signo y no es necesariamente material; el objeto se define como algo que va más allá del signo al que está refiriendo (el referente) y el interpretante no se refiere a un intérprete, sino al sentido o idea que se tiene del signo. Por ejemplo, la luz roja de un semáforo en una intersección es el representamen, los vehículos que se detienen frente a la luz roja son el objeto y la idea que tienen los conductores acerca de detenerse frente a una luz roja de un semáforo es el interpretante.

Esta definición permite a Peirce diferenciarse de Saussure, principalmente, en que no produce el mentalismo saussureano en tanto que no evoca las características de ser intencionalmente producido para comunicar. En otras palabras, para Peirce, todo puede llegar a ser un signo, si, y solo si, llega a representar algo dentro de la interpretación y sentido que le otorga no solamente un individuo consciente. Al introducir el objeto establece, entonces, una lógica de relaciones y de procesos mas no de estructura/sistema, siendo que la relación de valor que se genera y que adquiere un signo se produce por el objeto. Signo – objeto frente a signo – signo, como en Saussure.

Peirce formulará tres categorías para los signos, las cuales están organizadas por el tipo de relación que comparten el representamen, el objeto y el interpretante, y los cuales también están ubicados en tríadas.

Para Peirce, estas categorías dan cuenta de la aprehensión de los fenómenos y las cuales son necesarias para explicar toda actividad humana y su experiencia. El trabajo de Peirce es increíblemente amplio y no puede ser abordado completamente en el presente trabajo, aunque se exhorta al lector a profundizaren sus escritos. En el siguiente cuadro, se resumen las características del signo peirceano. (*Ver Figura 20*).

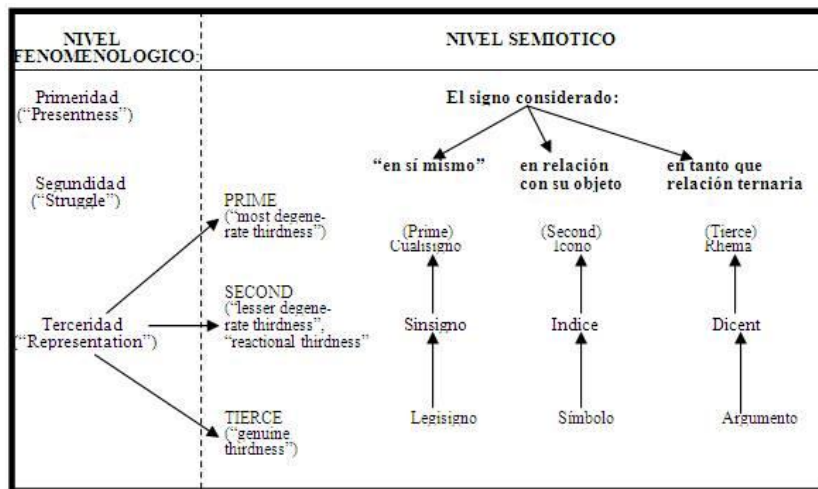


Figura 20. Categorías del signo peirceano.

Fuente: <http://www.monografias.com/trabajos85/concepcion-ternaria-del-signo-peirce/image001.jpg>

La primeridad se refiere al nivel de lo posible, en tanto que no puede ser tomada como algo real, sino como esa posibilidad de apariencia, de cualidad, es decir, es la primera impresión de la indeterminación de la totalidad, es el nivel de la calidad y las emociones, y está ubicada de modo intemporal. Por ejemplo, si al entrar en una habitación logro percibir una pelota de color verde, lo que veo, aun en ese momento, es una mancha que tiene cierta cualidad de forma y color que no tiene ninguna conexión con todo el entorno antes de que yo le proporcione la forma redonda y el color verde y nombrarla como pelota verde. En el momento de diferenciarla de todo lo demás y distinguir la pelota por su forma y color de las demás cosas, se entra en la categoría de segundidad.

La segundidad es la categoría de causa-efecto y en donde existe la intencionalidad. Funciona en un espacio y tiempo determinados en relación con algo más, por lo tanto, es del orden de la actualización, en el sentido que un evento de acción y reacción tiene su momento *ipso facto*, porque existió un momento previo. Si se toma una piedra y se la suelta, va a caer al piso por efecto de la gravedad; o la dirección de una llama que cambia por el viento. La segundidad incluye la primeridad, si antes no teníamos consciencia sobre la pelota verde, ahora ya la distinguimos y se vuelve particular porque la diferenciamos del resto de los objetos, pero se presenta como un objeto bruto, en potencialidad.

La terceridad representa el producto de la segundidad en el sentido de probabilidad o necesidad que está dado por la relación *hic et nunc*, la cual surge en segundidad por la primeridad. Esta categoría es, también, una triada que incluye “mediación, transformación y evolución o crecimiento vital” (Peirce, 1958, p. 298). Dicho de otra manera, es en el acto de mediación entre dos entidades (representamen, objeto), a través de una tercera (interpretante), que por sí mismo es otro signo. Esta mediación es la que permite que exista una transformación, en tanto que la terceridad permite la *interpretación* de una entidad en otra entidad semiótica. Este proceso es la evolución o crecimiento vital de los signos, es la semiosis en sí, porque genera la creación de nuevos interpretantes que producen nuevos signos que a su vez son interpretantes.

Solo se puede hablar de signo cuando existe la terceridad, porque aquí se encuentran la interpretación y los procesos de relaciones. La introducción que genera Peirce del signo como un tercero, expande la comprensión del lenguaje iniciada por Saussure, cuyo modelo diádico no ayuda a comprender procesos más complejos. Como hemos señalado, la introducción del objeto, en Peirce, da un giro en relación a la tesis saussureana y el signo, en relación al objeto, también está dividido en una tríada: ícono, índice y símbolo. Nos enfocaremos en este punto para terminar este análisis entre Saussure y Peirce.

Un ícono es ícono, si el signo tiene cierta semejanza al objeto, siempre y cuando los íconos existan como una idea o una imagen en la mente de un intérprete, es decir, que no pueden existir íconos puros en la mente sin que estén mediados en un contexto y sus relaciones. La foto del rostro de uno mismo es un ícono, la sensación o sentimiento que se genera por tocar una pieza musical es un ícono, las onomatopeyas son íconos, e incluso, la pronunciación de algunas palabras, por ejemplo, en la frase “ohhhhhpobreeeciitooooo”.

Para que un signo sea un índice debe ser afectado directamente por el objeto en una relación natural, causal, intencional o imaginaria, en tanto que haya un interpretante y un intérprete que haga las conexiones. Es este lazo, el que permite que el intérprete se fije en ciertas características y conexiones del objeto y no en otras. Por ejemplo, el golpe en la puerta es índice de que hay una visita; el ceño fruncido en una persona es índice de estar molesto o preocupado; el color oscuro de algunas nubes son índices de

que está próxima un lluvia; el síntoma de una enfermedad es índice de la enfermedad, etc. Algunas palabras son índices como: aquí, allí, yo, tú, eso, ahí, etc.

Un símbolo es un signo que tiene una interrelación en los tres niveles (representamen, objeto, interpretante) con los objetos en el sentido de cumplir una virtud de ley. Por decirlo de otra manera, un símbolo es la construcción “acabada” *a priori* de las convenciones sociales y es reconstrucción *a posteriori* por los hábitos culturales. Pero, lo más característico del símbolo es que requiere de una mediación, es decir, de la interpretación ejecutada por un intérprete el cual produce una réplica o argumento en sí mismo y en otros. Las palabras de una lengua natural o artificial son símbolos, los logotipos, las señales de tránsito, contraseñas, escudos de armas, etc.

No hay necesariamente ningún vínculo natural o existencial respecto al símbolo que le da legitimación para funcionar como signo significando el objeto que en particular significa. La interrelación bien puede ser en principio puramente arbitraria, y ya que sigue la corriente de las convenciones sociales, el signo se une con su objeto por un acto mental, acto ya habitualizado por alguna convención. De esta manera, el símbolo, como portero más apropiado de la Terceridad, pasa de signo arbitrario a signo necesario dentro de un contexto cultural determinado. (Merrell, 2001)

La concepción de signo que define Peirce es mucho más amplia que la propuesta de Saussure. Al introducir el objeto como referente produce una conexión con el mundo exterior, además de definir que la intención del signo es siempre comunicar algo, de forma intencional o no, por medio de una mediación interpretativa que, a su vez, generará más signos, más interpretaciones *ad infinitum* (Peirce, 1958, p. 303), lo que se define como semiosis: la vida de los signos.

Otro crítico de Saussure fue el ruso Valentín Voloshinov, quien principalmente cuestionó el estructuralismo ahistórico desarrollado en el CLG en torno a la cuestión sincrónica del signo y el modo en el que el autor ginebrino separa lo social de lo individual, especialmente, en la aproximación al objeto de estudio en su libro. Se encuentran en el libro *Marxism and the Philosophy of Language* (1973).

Para Voloshinov, las palabras son signos que disfrutan de un dinamismo único en el seno de lo social. “El signo [voloshinoviano] interviene en la situación de la cual emerge” (Lecerle, 2006, p.107) y es ahí mismo donde se generan y construyen la realidad material, pero, primordialmente, tienen un significado y sentido diferente de acuerdo a las clases sociales, en diferentes contextos.

Las dicotomías saussureanas traen consigo una serie de dificultades. En primer lugar, Saussure divide al lenguaje en la lengua, como el sistema de signos social, y el habla, como un acto o expresión individual, para poder dar un objeto de estudio a la lingüística, que en el marco saussureano es la lengua. Esta división implica la creación de un sistema abstracto para poder estudiarlo, es decir, Saussure inventa un marco de referencia puramente abstracto para poder explicar el desarrollo de los signos en ese marco correspondiente, siguiendo una lógica interna dentro de un circuito cerrado, en un sistema que va de signo a signo.

La invención de Saussure de esta división y esta creación de un objeto de estudio independiente, produce que la lengua sea apartada de sucesos como el cambio histórico (Saussure lo justifica vagamente en la dicotomía mutabilidad/inmutabilidad). No existe la comunicación en el sentido dialógico tanto como producción y producto. Con esta invención y separación, Saussure le otorga a este objeto un estatuto sincrónico, una cualidad de poseer un solo tiempo (el presente), con una existencia totalmente independiente y desligada de la creación voluntaria de los hablantes, un aparente colectivo, pero completamente autónomo de cualquier institución social. Aunque Saussure reconoce el lenguaje como un fenómeno social, su método impide estudiarlo en un contexto social.

Por el contrario, Voloshinov (1973) piensa que el objeto de estudio ya está dado previamente, y es el lenguaje mismo, tal cual se encuentra en una comunidad concreta, la cual es consciente de producir cambios en los enunciados, los que están históricamente enlazados: lenguaje que existe, habita y traza los procesos en las instituciones sociales y que, principalmente, es producto de la dominación de las clases que afecta directamente a la comunidad lingüística.

Words are precisely the product of the reciprocal relationship between speaker and listener ... Each and every word expresses the one in relation to the other. I give myself verbal shape from another's point of view ... A word is a bridge thrown between myself and another. (Voloshinov, 1973, p. 86)

Voloshinov rechaza la premisa saussureana de expulsar a los sujetos para poder darle estabilidad interna a su objeto de estudio. En otras palabras, el lenguaje no puede existir de forma independiente de quienes lo usan, los hablantes lo usan intencionalmente dentro de un contexto histórico como un hecho para comunicar, un catalizador de socialización con el fin de moldear e interpretar la realidad.

El valor que obtiene un signo está mediado por el contenido que expresa el hablante en un contexto situacional dado y con el cual comunica sensaciones, impresiones, sentimientos, ideologías, etc. "Signs emerge, after all, only in the process of interaction between one individual consciousness and another. Consciousness becomes consciousness only once it has been filled with ideological (semiotic) content, consequently, only in the process of social interaction." (Voloshinov, 1973, p. 11). Para el ruso el valor de los signos es una propiedad de la comunicación en la interacción de alteridades, mas no como unidad de signo a signo.

Por ejemplo, en la frase "tengo hambre", en el sistema saussureano el valor de "hambre" está dado porque no significa estar lleno, complacido, completo, etc. Pero el lenguaje está más allá del valor signo-signo, el valor en el modo voloshinoviano está movilizado por la intención de producir un sentido en lo social, a través de un contexto en el que "tengo hambre" es generado de forma individual. Si "tengo hambre" es enunciado por un sujeto que tiene un trabajo estable, una cuenta de ahorros, trae consigo dinero, etc. Ese signo produce un sentido y adquiere un valor totalmente diferente frente a un sujeto marginal que no ha conseguido dinero, que ha gastado su último alimento hace dos días, que no trabaja, etc. Y del mismo modo, ese signo recibe un sentido y valor diferente si se trata de un fisicoculturista que pronuncia el enunciado.

Para Voloshinov, cada contexto, cada evento y situación socio-histórica produce valores y sentidos diferentes, y en tanto que todos los sujetos hablantes se encuentran en el marco de referencia social-institucional, es imposible separar lo individual de lo

social como pretendió Saussure, y es aquí en donde reside la expresión generadora y creativa del lenguaje, en lo individual hecho social. Si Saussure le dio un estatuto a la lengua, Voloshinov lo hace con el habla.

Con estos conceptos, Voloshinov intenta superar algunos problemas que traen las dicotomías saussureanas y enlazar lo social y lo individual describiendo un signo opuesto al de Saussure que omite esta producción.

Otro gran lingüista, fue el francés Émile Benveniste. Este autor tomará la perspectiva de la lengua, no en el sentido saussureano, sino que lo tomará como discurso, es decir, a la lengua puesta en acción. A partir de esto, genera sus conceptos de enunciado y enunciación, retoma e incluye el contexto, el referente y al sujeto, que habían sido expulsados en Saussure.

Benveniste (1997), en su libro *Problemas de lingüística general*, menciona que Saussure se equivoca en la arbitrariedad del signo lingüístico. Recordemos que para Saussure, el signo lingüístico es el resultado de la unión del significado con el significante, haciendo que ese lazo sea arbitrario, es decir, no existe un vínculo natural entre el concepto y la imagen acústica. El error consiste en que Saussure descarta por un razonamiento falseado un tercer término: la cosa misma, la realidad.

En el ejemplo del buey, Saussure (*Ver* Capítulo 1) introduce inconscientemente la noción de un referente y, los términos *oks* y *böf*, pese a estar en otras fronteras, tienen el mismo referente real: el buey. Para Benveniste (1997), esto significa que el lazo que une el significado con el significante es por una “relación de necesidad” (p. 51), para con el referente, mas no por ser arbitrario. Lo que resulta arbitrario o contingente para este autor es que, si se toma al buey en su particularidad concreta (forma) y sustancial entonces, se puede entender el lazo de *oks* y *böf* en su respectiva realidad, en sus fronteras. Pero, principalmente, se cuestiona por qué ese signo es utilizado en una realidad y no otro signo para la misma realidad: lo que Benveniste define como arbitrario.

Lo contingente, entonces, es la relación que tiene el signo frente a la realidad. El producto de esta relación como signo lingüístico, que posee un significado y un

significante, es necesario en tanto que es lo que se evoca en la consciencia del hablante, la indivisión entre concepto e imagen acústica.

Si el principio de arbitrariedad es modificado como lo hace Benveniste (1997), entonces afecta a todo el signo lingüístico de Saussure. La mutabilidad y la inmutabilidad del signo se produce entonces por la relación entre el objeto/referente y el signo y no entre el significado y la imagen acústica. Al existir el referente, se establece una motivación objetiva (proviene desde afuera). Lo que es inmutable y mutable, en sí, es la significación. Del mismo modo, esta modificación afecta al valor del signo, en tanto que el valor ahora depende del objeto en las relaciones entre el signo, y éste, cómo y en relación a qué, produciendo una realidad objetiva.

Saussure, en su dicotomía lengua/habla, toma al segundo como un accesorio producto de la lengua, relegando al sujeto de cualquier posición dentro del sistema. Sin embargo, Benveniste (1997) adopta esa producción como enunciación. La enunciación es el acto de poner a la lengua en funcionamiento a través de los actos individuales de su uso, es apropiarse del aparato formal de la lengua y producir un enunciado.

La lingüística de la enunciación toma a la lengua como un discurso, estudiando el momento en el que se pone en funcionamiento el sistema de la lengua, la palabra en acción, dentro de un texto y un contexto. Es decir, el enunciado y la enunciación con los cuales se puede percibir la experiencia subjetiva de los hablantes al momento de posicionarse dentro de los pronombres personales; yo, tú, él, y un tiempo físico y crónico.

Para el autor (Benveniste, 1997), cuando un sujeto produce un discurso, lo hace desde su propia posición subjetiva utilizando el YO, pronombre personal que es vacío si no está articulado en el discurso en tanto que no puede fijarse a un objeto y a un concepto. Es en ese acto de enunciación que el sujeto se está apropiando de ese pronombre y lo llena con la presencia de su persona, pero esta evocación, necesariamente, debe ser dialéctica (para Benveniste el lenguaje no es una herramienta de comunicación, inventada y aislada del sujeto), es decir, en el momento de ocupar la posición YO, instantáneamente se produce un TÚ que lo diferencia a la vez de un ÉL, lo

que produce un marco de referencias que cada sujeto adopta en el lenguaje. El producto de esta enunciación es el enunciado.

Benveniste (1999). En su texto *Semiología de la lengua*, menciona también que las dicotomías saussureanas son incapaces de sostener las distintas transformaciones de sentido que se producen en el discurso, por tanto, no se puede hablar de un solo principio que regule el sistema y el funcionamiento de la lengua. Para este autor, se puede dar cuenta de las variaciones de un discurso, en tanto enunciación y enunciado, gracias a la lengua y su particularidad de doble significancia: semiótico y semántico. Semiótico, en tanto que designa la significancia del signo lingüístico como significante que ocupa dentro de una comunidad lingüística, en la cual evoca las mismas asociaciones para cada miembro, y semántico, en tanto que da cuenta de la aproximación al acceso de sentido de un discurso que es entendido globalmente por medio de los referentes (reales) con los que se describe y se posiciona en el discurso.

El siguiente autor es Noam Chomsky, quien ha influido notablemente en el campo de la lingüística con sus postulados, señalando que los sujetos desarrollan el lenguaje gracias a rasgos lingüísticos universales que poseen todas las lenguas, siendo éstas lenguas una expansión o variante de este patrón innato. En otras palabras, el sujeto hablante desarrolla esta capacidad innata de adquirir, generar, desarrollar y modificar su lengua materna. A esta teoría la llama gramática generativa y transformacional y la desarrolla en su obra *Estructuras sintácticas*, en 1957, y con su revisión reformulada en el texto *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, en 1965.

Para Saussure, está la dicotomía lengua/habla, la una social y la otra individual; y lo mismo hará Chomsky con los términos *competencia lingüística* y *actuación*. Chomsky tomará a la competencia lingüística como su objeto de estudio por el valor social que esta posee, en tanto que es a través de esta capacidad que un hablante-oyente ideal desarrolla el conocimiento de su lengua materna y las leyes del sistema de la lengua, pero que es individual.

La competencia lingüística es el conocimiento que el hablante-oyente tiene de su lengua tal como es representado por una gramática generativa. Y actuación es la conducta lingüística o uso real del lenguaje. Una gramática generativa es una teoría de la competencia.

Competencia es el conocimiento que el hablante-oyente tiene de su lengua (...); actuación es el uso real de la lengua en situaciones concretas. (Chomsky, 2009, p. 6)

Aunque están relacionados con los conceptos saussureanos, no deben ser tomados en esa interpretación, en tanto que el concepto de lengua en Saussure funciona como un simple sistema de etiquetado sistemático en unidades de un sistema, y lo que Chomsky (2004) propone, es una competencia que subyace como un sistema de procesos generativos.

Para Saussure, la lengua es social, se construye a partir de lo colectivo; no de este modo, el concepto de competencia lingüística es individual porque se encuentra en la mente de cada individuo y lo hace individual por su carácter innato. En Saussure, la lengua pertenece a un sistema cerrado, estático, inmutable, excepto en lo diacrónico; pero para Chomsky, la competencia lingüística se trata de un sistema dinámico, cambiante, creativo, dado que, el proceso se genera desde la mente de un hablante-oyente ideal, que posee una capacidad genética, innata, para desarrollar, usar y comprender correctamente una lengua que tiene componentes finitos pero que en su producción creativa, tiende al infinito.

De acuerdo a Saussure, las oraciones forman parte de la lengua, dentro del sistema de sonidos y de palabras. Chomsky, difiere al señalar que la creación de oraciones viene dada por el habla y, por lo tanto la comprensión y creación infinita. Pero esta creación no está formada en el mismo modo de las relaciones sintagmáticas y asociativas de Saussure. De acuerdo a Chomsky (2009), estas relaciones saussureanas describen un lenguaje superficial pero no pueden explicar las conexiones y transformaciones entre la superficie y los procesos generativos profundos, porque esa lingüística estructural solo se ha dedicado a un mero estudio descriptivo de segmentación y clasificación.

Según Saussure (2004), los hablantes son una tabula rasa y el lenguaje y las ideas se encuentran en el exterior y el hablante aprende el lenguaje por interacciones sociales. Para Chomsky (2009), el hablante viene integrado con una facultad innata para desarrollar su lengua materna, distinguiendo un lenguaje interno de un lenguaje externo. Este lenguaje interno está predeterminado en el hablante de forma genética, el cual se pone en funcionamiento de acuerdo a las reglas de la lingüística en las que se encuentra

el hablante; a esta capacidad innata la denomina gramática universal. Individual y biológica.

Chomsky (2009) menciona que el hablante nace con una serie de fonemas de manera innata, es decir, la forma de los fonemas en realidad son las representaciones mentales del léxico. Esta serie de fonemas es finita, sin embargo, las combinaciones son infinitas y, de este modo, se puede explicar por qué un hablante puede entender cualquier tipo de oración, así, ésta sea escuchada o leída por primera vez, y distinguir los niveles de ambigüedad de las oraciones. Por esta razón para el autor, (Chomsky, 2009), el signo lingüístico solo consta de significantes, en oposición a la dicotomía significado/significante en Saussure, en tanto que el correspondiente análisis mental consta de sets ampliados de significantes que se activan por la señal física de los fonemas, y porque estos fonemas solo actúan bajo una determinada sintaxis y no por sí mismos.

Lo que diferencia a estos autores es el punto de partida con el que abordan el lenguaje siendo que, para Saussure, se trata de una construcción social y, para Chomsky desde la perspectiva biológica, lo innato e individual.

3.2 El significante lacaniano y la *lingüística*

Las variaciones al significante que genera el trabajo de Lacan nos conduce aún más allá de Saussure y la lingüística, siendo este el punto fundamental del presente trabajo para la delimitación de este concepto. La lingüística y todos los lingüistas expuestos aquí, se congregan en dos cuestiones: la realidad y lo universal. Es decir, el significante esta dado o preestablecido por una conexión entre la idea más o menos formada sobre algo y el referente por el cual designa. Y los universales son estas características que están presentes para todos los marcos de referencia en relación a un objeto.

Por lo cual dije algo que me parece, a decir verdad, la única objeción que pueda yo formular a lo que oyeron el otro día de labios de Jakobson, a saber, que todo lo que es lenguaje pertenece a la lingüística, es decir, en último término, al lingüista. Y no es que no se lo conceda con todo gusto cuando se trata de la poesía, a propósito de la que esgrimió este argumento. Pero si se considera todo lo que, de la definición del lenguaje, se desprende en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud hasta el punto de que

allí se asegura todo lo que por boca suya se estableció como inconsciente, habrá entonces que forjar alguna otra palabra, para dejar a Jakobson su dominio reservado. Lo llamaré la lingüística. (Lacan, 1998, p. 20)

Para Lacan, el signo toma otra vía al tratarse del campo del inconsciente y aunque trabaja la realidad, más que ésta misma, lo que le interesa es comprender como el sujeto se relaciona con su realidad, pero no en el sentido de ubicar un referente, sino en la producción de significante. Es decir, cómo la registra. Lacan sabía de lingüística, etimología, deconstrucción, etc., pero lo que él trabaja en su *corpus* teórico, es la inscripción de ese discurso para la subjetividad del sujeto, donde radica la diferencia entre su lingüística y la lingüística.

El sistema del lenguaje, cualquiera sea el punto en que lo tomen, jamás culmina en un índice directamente dirigido hacia un punto de la realidad, la realidad toda está cubierta por el conjunto de la red del lenguaje. Nunca pueden decir que lo designado es esto o lo otro, pues aunque lo logren, nunca sabrán por ejemplo qué designo en esta mesa, el color, el espesor, la mesa en tanto objeto, o cualquier otra cosa. (Lacan, 1984, p. 51)

El significado no se refiere ni a la cosa ni al objeto por el cual se refiere el significante, sino a su sentido, a la significación. En otras palabras, cuando Lacan se refiere al desplazamiento del significante en la cadena, es por este proceso a través de la producción de más significantes, en donde se genera el significado, el sentido. Es solo por medio de los significantes en donde se puede hallar la significación.

Siguiendo el ejemplo de Lacan en la cita, si tomamos un diccionario y buscamos la palabra mesa, no se encuentra el objeto en sí ahí, sino una serie de significantes que remiten al significado de mesa, pero conforme se avanza, se encuentran más significantes que, nuevamente, remiten a nuevos significantes, y por lo tanto, a distintos sentidos. Mesa puede referirse a varios sentidos: mesa, como sustantivo, para colocar la comida; mesa, como asamblea; mesa de batalla; mesa de altar, etc.

El significante es lo que representa para un sujeto otro significante, es decir, que signo y significante no son iguales para Lacan. El signo no es el signo de algo, sino de un efecto que es lo que se presume como tal por un funcionamiento del significante.

Este funcionamiento se produce en forma retrospectiva y solo ahí adquiere el sentido. Si observamos una señal de humo a lo lejos, y de acuerdo a los autores expuestos, esto sería un signo en relación al fuego: humo = fuego. Pero para Lacan, el humo es el efecto de un fumador en lugar del fuego; el humo no es un signo para el fuego, es el significante de que existe alguien que puede producir fuego, siendo así que el humo viene a ser un significante y no un signo. El signo viene a ser un efecto de la producción del significante.

No obstante, hay que saber distinguir al signo del significante y no tomar al signo de forma literal, y Lacan (1984) lo expone en el ejemplo de los baños de hombres y mujeres, en el texto en *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, como analogía al árbol/arbor saussureano. Los letreros de “hombres” y “mujeres” en las puertas de los baños podrían parecer signos, si se los toma literalmente como “hombres” y “mujeres”, en tanto que detrás de estos se encuentran las mismas figuras de baños, las mismas formas de lavabos, de piso, de puertas, etc. Al final, son dos baños idénticos. La diferencia es creada y radica en el significante que se encuentra en las propias puertas dadas como “hombres” y “mujeres” mas no en lo que está detrás de éstas.

Podemos decir, entonces, que no es el signo o la señal lo que importa e interesa, sino lo que constituye un significante es el efecto de la inscripción en un registro, la marca de algo que se observa o se reconoce o se omite, la falta, el objeto *a*.

Si retomamos a Peirce, podemos encontrar una relativa similitud entre sus categorías del signo y, con Lacan, en los tres registros en el anudamiento estructural de la subjetividad. Por supuesto, la diferencia en Peirce, radica en que se trata de un triángulo y no de un nudo como en Lacan. Sin embargo, si nos atrevemos a realizar un anudamiento entre el representamen, el objeto y el interpretante peircianos, tendríamos un símil frente al real, simbólico e imaginario lacanianos, teniendo en cuenta que podrían dar la impresión de parecer lo mismo, sin embargo, difieren radicalmente.

Todo objeto, salvo el objeto por mí llamado *a*, que es un absoluto, todo objeto se sostiene en relación (...) Un llamado Charles Sanders Peirce ha construido al respecto su lógica, la de él, que, por el hecho del acento que pone sobre la relación, lo lleva a hacer una lógica trinitaria.

Es completamente la misma vía que yo sigo, salvo que yo llamo a las cosas de las que se trata por su nombre -simbólico, imaginario y real, en el buen orden. (Lacan, 2007, p. 76)

Tanto Lacan, como Peirce, afirman que los sujetos están atravesados por el lenguaje, y, si como Peirce, que menciona que el lenguaje en sí mismo es un signo dentro de los procesos de semiosis, podríamos decir entonces que la representación de la subjetividad debe estar íntimamente ligada al signo, al lenguaje, en especial al significante y esto será lo que Lacan va a trabajar en sus obras y con lo que se diferenciará de la lingüística.

La cultura, para Lacan (1972), es el referente-significante que constituye el lazo social, el cual es instaurado a través del lenguaje. De este modo, Lacan intenta restaurar la relación del sujeto (interno) con el objeto (exterior, realidad), por medio de sus tres registros, y así lograr una relación entre cultura, lenguaje y lazo social. Pero este referente (realidad), en Lacan, es desplazado hacia el objeto como significante primario, objeto que es falta y del cual se tiene ese vacío en los tres registros.

Recordemos, como hemos señalado en el capítulo II, que para Lacan (1984) el registro imaginario constituye para la subjetividad todo lo que está en el orden del imago (desarrollado en el estadio del espejo en el infante), de las imágenes, no solo visual (mirada de la madre), sino también de percepción táctil e imágenes auditivas (reconocimiento en el lenguaje), las cuales están subrogadas a una huella de la que se tiene cierta noción desterritorializada (imagen del cuerpo), es decir, se comienza a experimentar una serie de sensaciones y percepciones sobre una imagen, la cual es distorsionada y fragmentada. Aquí, el objeto es en cuanto objeto de deseo del otro, inalcanzable, porque está en el otro, lo que le da a este registro la característica paranoide.

El imaginario resemeblaría de forma relativamente análoga al icono e índice en Peirce. Recordemos que el icono (primeridad) es la forma del objeto en estado bruto, las meras cualidades, sensaciones y apariencias del objeto que están ahí como forma, pero que están desligadas de la interpretación que eventualmente se les puede otorgar. Este primer lugar es el ver la imagen en el espejo, una imagen que está ahí que es pura forma, una imagen en estado bruto, de la cual se tiene cierta noción de que se encuentra

ahí, en algún lado (ícono). Para Saussure, el imaginario sería el significado, en tanto concepto simbolizado como signo de forma arbitraria.

Pero este imaginario, la construcción de esta imagen es al mismo tiempo una producción y efecto del lenguaje, el cual tiene dos funciones: dividir, cortar, separar, diferenciar (ese, el de la imagen, no soy yo), y adherir, ligar, unir las partes, producir totalidades (este, el de la imagen, soy yo), una mediación. Este segundo tiempo vendría a ser símil de la indicialidad (segundidad), en Peirce, en tanto que el índice contiene al ícono y es lo que se actualiza y entra en relación de mediación a una causa y efecto *ipso facto*, donde hay un tiempo y un espacio (ese, este, yo, tú) y con el cual se puede abrir la probabilidad de interpretación, de sentido y pasar al símbolo (terceridad).

Lo simbólico, para Lacan (1984), a diferencia del imaginario, que está en el orden del deseo, es que se encuentra en el orden de la ley, por lo tanto, de la culpa, colocando límites al registro imaginario, accediendo a la formación de los significantes y la cadena significante. Lo simbólico, que es lo inconsciente, es lo que carece de significación en sí mismo, en tanto que, es solo a partir de la relación con otros, en donde los elementos cobran sentido (valor, en el sentido saussureano).

Lo simbólico es el espacio (topológico) de las relaciones que vienen a constituir a un sujeto, es decir, un sujeto incluso antes de nacer ya ocupa un lugar en su familia, en las legalidades de sus pares homogéneos, dentro del deseo de sus padres, cuyas interacciones producirán efectos imaginarios. El lenguaje, como estructura significante, como motor de semiosis, para producir esta relación simbólica, origina el efecto de atravesar al sujeto y colocarlo frente al gran Otro para instalarlo como sujeto del habla y, por lo tanto, a la necesidad articulada a la demanda del significante. Aquí, el objeto es el símbolo del objeto, pero en cuanto a traza del objeto, está cuando ya no está ahí y solo se aprecia su huella.

La categoría de símbolo en Peirce (1958) se asemeja a este registro, en tanto que, para el autor pragmático, el símbolo es del orden de la terceridad, es decir, que el símbolo solo adquiere su interpretación cuando existe un interpretante que puede darle un sentido interpretativo al símbolo, hay otro y un Otro también en Peirce, los cuales son, en sí mismo, la terceridad para producir el símbolo, pero del cual tampoco se tiene

noción completa, porque ya se ha diluido entre lo icónico y lo indicial. Para Saussure, lo simbólico viene a ser el significante mismo. El síntoma por lo tanto, es una falta de simbolización, es el no alcanzar la terceridad peirceana.

Finalmente, el registro de lo real es, para Lacan (1984), la falta en sí, lo que no ha sido simbolizado, el lugar en donde las ligaduras del lenguaje están desvanecidas y solo queda el lenguaje literal, la fusión de los imagos con el objeto porque no existe mediación. Las palabras se vuelven cosas y ya no existe lugar para la metáfora. Es el espacio del hecho traumático psíquico no ligado, todo lo que se resiste a la representación y a la simbolización. Es lo pre-imaginario y pre-simbólico; es lo que pierde su realidad al ser simbolizado y hecho consciente a través del lenguaje, lo que se pierde, lo que se escurre, el objeto *a*.

Desde Peirce (1958), el registro lacaniano de lo real vendría a estar en el nivel del índice (segundidad que contiene al icono), en tanto que contiene las huellas, esbozos y trazas del objeto, pero no es el objeto, solo se tiene cierta aproximación del objeto por sus efectos y en el nivel del símbolo. Consideremos una la huella en la playa, al percibirla a través de los sentidos se comienza a dar forma (alargada, profunda, etc.), el objeto en bruto (icono). Una vez que se tiene cierta noción de la figura, se entra a la mediación, únicamente, como causa y efecto: la huella es el resultado de una persona que pasó caminando (interpretante), pero, ya no se tiene al objeto que es la persona, solo está el remanente de ese objeto, la huella.

Para Peirce, el símbolo debe contener al ícono y al índice para producir el símbolo como terceridad, es decir, aquí la mediación se transforma en interpretación de un intérprete (en relación a otro y desde el Otro). Si no se produce esta interpretación (la huella es de alguien que pasó caminado, o corriendo porque solo se ven las huellas de los dedos, o saltando, o podría ser la huella de mi amigo que salió a dar un paseo hace un par de minutos atrás, etc.) no llega al nivel de terceridad, de símbolo, no alcanza a simbolizar, a ligar. Para Saussure, lo real vendría a ser la barra en su signo lingüístico, lo que une al significado y al significante. Barra que representa lo indisoluble porque siempre está, pero que al mismo tiempo es a lo que no se puede acceder (esa unión es arbitraria, podemos dar cuenta de una historia pero jamás llegar a saber por qué se unió así).

Los tres registros forman el nudo borromeo, el cual es el pilar fundamental en la teoría lacaniana para explicar la estructuración subjetiva, en tanto que se produce cuando los tres registros se anudan. De ese modo, cada uno coloca límites, estabilidad y resistencias para con los otros dos. Están unidos en redondeles pero de tal forma que, si uno se rompe, se liberan todos.

Esto es lo que representa precisamente el trabajo de Lacan, a través de un recorrido lingüístico, de lecturas y relecturas y de construcciones teóricas para encontrar ese anudamiento y diferenciarlo de la lingüística, la cual hemos visto que, únicamente, se concentra en comprender el por qué una palabra puede deconstruirse, qué sintaxis la ordena y los errores que esa misma gramática permite, pero donde no hay espacio para el *pathos*, para el mal-estar existencial, la inscripción de un lapsus en el discurso y el sentido del por qué está ahí, la compulsión, la repetición, la falta, etc.

3.3 El significante, la clínica y el lazo social

Con lo expuesto anteriormente, ¿qué podemos decir acerca del alcance o los efectos del significante lacaniano dentro del mundo contemporáneo, de la sociedad y la cultura, que se esmeran por encontrar respuestas a una infinitud de eventos posmodernos? ¿Qué es lo que diferencia al psicoanálisis de las posturas psicologistas, de la antropología y la lingüística en el ámbito social?

Hemos analizado, con los lingüistas propuestos, que todos convergen en una pregunta ¿es el lenguaje, el hombre o el sujeto una construcción social, o acaso este lenguaje, este hombre y este sujeto produce lo social a partir de su individualidad? Y la misma interrogante se la plantea la antropología y la sociología.

Para la psicología (Trull T. y Phares E., 2002) y sus distintos manuales, no existe una diferenciación entre los términos persona, hombre, sujeto, individuo, etc. Y su uso dentro de la psicología es a modo de sinónimos entre aquellos términos. Para la psicología, estas palabras están unidas al pensamiento, al modo de actuar y comportarse, al pensar y al hablar, las cuales forman la personalidad de este hombre, sujeto,

individuo, y cualquier disrupción en el pensamiento modifica la personalidad produciendo trastornos visibles que van en contra de lo esperado para la cultura y sociedad, resultando así al llamado del trabajo terapéutico.

De acuerdo al DRAE (2014), individuo viene del latín *individuus* que significa que no se puede dividir. Si este individuo es indivisible y, por lo tanto, está unido a un accionar y a un pensar, se puede ver la relación con el *cogito* cartesiano “Pienso, luego existo”. Pero quien piensa es un YO, un yo con pensamiento y voluntad propia y, desde ahí, se entiende que la psicología, en general, le otorgue al individuo su estatuto de yo-autónomo y yo-ser-consciente, como totalidad.

Por el contrario, el psicoanálisis ha realizado un extenso trabajo insistiendo en aquellas diferencias entre el yo (desde las psicologías), entendido como individuo y persona y el sujeto entendido como estructura inconsciente desde el inicio del psicoanálisis. La palabra sujeto viene del latín *subiectus* que significa “poner debajo, someter” (DRAE, 2014). En algún sentido, es abominable pensar en un individuo, en tanto autónomo, que pueda ser o estar deslizado a algo, sometido a algo, o sujetado a algo.

El diccionario presenta dos acepciones interesantes para este análisis y son “asunto o materia que se habla o se escribe y persona innominada. U. frecuentemente cuando no se quiere declarar de quién se habla, o cuando se ignora su nombre.” (DRAE, 2014). Para la primera, se puede entender que existe algo que “habla” al sujeto, algo a lo que este sujeto debe estar sometido para poder expresar. Y esto es, el sometimiento del sujeto al lenguaje, al orden simbólico, al Otro. Y para la segunda, podríamos decir que es algo de lo que el sujeto sabe pero que desconoce, un saber no sabido que menciona Lacan, esto es saber que algo se ha perdido y al mismo tiempo el saber de no saber qué es exactamente lo que falta. Alrededor de esto, señala Lacan, es que el paciente deberá construir, en la situación analítica, la demanda. Para Freud, a este saber de no saber lo llamará el malestar en la cultura.

De este modo, podemos pensar en un *cogito* freudiano en donde el Yo ya no es la parte central que controla a todo el individuo de forma totalitaria, sino, que ahora es apenas un vasallo de la inmensidad que se encuentra detrás, un Yo que responde a los

imágenes imaginarias en el muro del lenguaje de Lacan, pero que detrás del muro está el sujeto, sujeto de lo inconsciente, el verdadero motor del individuo, ahora divisible por los efectos positivizados por la falta en el lenguaje con los lapsus, los errores, las diferentes formaciones del inconsciente, por el saber no sabido en la articulación significativa.

Para Lacan (2012), el lenguaje es esencial en toda su obra, en tanto que el lenguaje es el que determina al sujeto como un “*parlêtre*” (p. 592), *hablaser*, es decir, como ser parlante. Sujeto que es pulsional y, por esa misma razón, está condenado a desear por la inscripción significativa, simbólica, que le recuerda la falta, la cual quiere llenar buscando ese objeto que, estructuralmente, siempre ha sido perdido y lo cual lo conduce a un análisis.

Esta demarcación es importante porque separa epistemológicamente al psicoanálisis de la psicología, de tal manera que, para el psicoanálisis, el sujeto representa lo que está alienado al Otro. Todo este recorrido produce en el sujeto un campo de protección: el síntoma. Para Freud (1992), el yo sufre pero desconoce de lo que sufre, y demanda una respuesta a su sufrimiento y mal-estar existencial y demanda una cura. El yo tiene cierta noción superficial sobre lo que le acontece pero al ser un vasallo y no ser “el amo de su propia casa” (Freud, 1992, p. 135), no sabe que su síntoma es un sustituto de satisfacción pulsional del objeto perdido.

Esto conduce a la siguiente hipótesis: si el sujeto no es individuo y el yo está descentralizado anulando la personalidad, entonces, cómo es que el sujeto está ligado a los fenómenos de las masas, la cultura, lo social.

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero solo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el

comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (Freud, 1992, p. 67)

Los textos sociales de Freud, por así llamarlos, tanto en *Tótem y tabú* (1913), *Moisés y la religión monoteísta* (1917), *El porvenir de una ilusión* (1918), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1924), y *El malestar en la cultura* (1930), abordan la problemática de la cultura y lo social, y más aún, específicamente, el lazo social y la transferencia.

Para Freud (1930), la cultura representa un instrumento de soldadura o adhesión para las estructuraciones intersubjetivas, en otras palabras, la construcción social de producir sujetos no está dada por la estructura social, ya que éstas varían en el tiempo, sino que el sujeto se produce por las regulaciones a las que todas las culturas están sometidas: la prohibición del incesto, que es lo primordial para el lazo social.

Por lo tanto, desde el psicoanálisis, lo social no se entiende como esta estructura que tiene reglas de funcionamiento y ejercicio, sino, que se trata de esta investidura libidinal como ligazón entre sujetos (en *Tótem y tabú* en relación al gran Otro, al padre de la horda primitiva y en *Moisés...* en relación a la presencia del líder invisible de las masas y en *Psicología de las masas...* y en *El malestar...* en relación al otro como semejante, como par, a los hermanos de la horda primitiva, a los fenómenos de masa e indiferenciación) y esta ligazón es la que produce la estructura social, por lo tanto, como contrato social, que es el lazo social que existe como en contra de la naturaleza del sujeto que está marcado pulsionalmente en el principio del placer, el deseo para Lacan.

Recordemos que en Freud (1930), el principio de placer es un acto constitutivo del sujeto para la estructuración subjetiva, en tanto que va en contra de la prohibición del incesto dentro de un sistema homeostático. Por esa razón, el sujeto no es producto de la estructura social, sino que responde a la ligazón libidinal que modifica el lazo social.

Para Lacan, lo importante de esa estructura es que tiene fallas, y es por medio de esta fisura que, precisamente, se representa e instaura la subjetividad. Y no se puede acceder al registro simbólico, de la ley, del lenguaje, del gran Otro por encima del principio de

la prohibición del incesto, sino solo por medio de las funciones paterna y materna, por lo tanto, el sujeto no es resultado de lo social sino de lo simbólico.

Esta especie de estructura que designo con el término discurso, es decir, aquello por lo cual, por el puro y simple efecto de lenguaje, se precipita el lazo social [...] el modo por el que un discurso se ordena de modo tal que precipite un lazo social comporta inversamente que todo lo que se articula ahí se ordena por sus efectos. (Lacan, 2012, p. 122)

Social y simbólico no representan lo mismo, lo social evoca la cultura con cualquier definición que esta traiga y lo simbólico se encuentra en el orden de la estructura. Una estructura que posee una falla, una falta por donde se diluye el deseo, el placer, el objeto *a* y con la cual se da cuenta de la falta en el nivel significante, causante de la estructuración del sujeto.

Pero, Lacan (2012) avanza un poco más allá en la estructura al devolverle su estatuto discursivo, moldeador de la realidad de acuerdo al lugar en el que el sujeto se ha posicionado dentro de la teoría de los cuatro discursos. El discurso es el regulador del lazo social, en tanto que es a través de éste que se puede tener una relativa incidencia sobre el goce, al cual regula, y, por lo tanto, produce el lazo social.

El sujeto al ser producto del resto de la operación y de la articulación significante, y por lo tanto, sujeto del inconsciente, está definido por ese plus de goce (el resto permite sumar) que es sustraído desde el campo del gran Otro que lo organiza y lo regula. En otras palabras, el campo del lenguaje como la presencia del Otro, le otorga al sujeto el significante que lo representa y el cual lo determina como sujeto faltante, sujeto de goce y de deseo articulándolo con los otros, es decir, al lazo social.

Es así que el sujeto ordena su existencia y a esa relación significante la expresa en síntomas, en tanto se trata de una satisfacción sustitutiva a ese objeto perdido y por eso causante del mal-estar en el sujeto, malestar en la cultura. El síntoma, en tanto significante estructural, se adapta a los cambios de épocas, trasciende las instituciones y las organizaciones sociales respondiendo al lazo social y al discurso dominante de la época.

3.4 Conclusiones

No nos consideramos expertos de los textos de Lacan, mucho menos en lingüística. Queda tanto por aprender y aprehender, sin embargo, reflexionamos que esta disertación, dado sus contenidos, puede ser tomada como un apuntalamiento de ayuda para comprender, principalmente, la formulación del significante, los espacios limítrofes entre la lingüística y el psicoanálisis, qué lugares de encuentros y diálogos pueden abrirse, en tanto comparten cierto lenguaje, delimitar la ocupación de cada una a su objeto de estudio, pero considerando sus avances y diferenciando sus campos.

El presente trabajo ha intentado, en lo posible, realizar una investigación teórica profunda, acerca del concepto de significante especialmente en Lacan, sin descuidar y enmarcando la historicidad que rodea al concepto en cuestión, tanto desde la filosofía con el *Crátilo*, y atravesando la lingüística, en general, necesariamente con los postulados de Saussure, no dejando a un lado posturas teóricas diversas desde otros autores que permiten esclarecer y diferenciar la propuesta psicoanalítica.

Se ha trazado el recorrido conceptual a lo largo de las obras lacanianas de mayor interés para el objetivo de la presente, al saber que permanece un largo camino por explorar aun en los trabajos de Lacan y el contenido riquísimo que gira en torno del significante.

Es así que el significante, en tanto parte del signo lingüístico, opera de forma importante en la lingüística y su relación frente al significado y a la variará de autor en autor y así su importancia. Pero, fuere el modo que fuere, en el que los distintos autores lingüistas toman al significante, lo hacen para explicar el origen, funcionamiento y adquisición del lenguaje en una lengua, una construcción de un lenguaje que responde a una determinada combinación, ya sea fonológica, sintáctica, semántica o pragmática, con los cuales se construye una realidad objetiva en la que existe un referente real y social.

Dicho así, lo que le interesa a la lingüística son los niveles del lenguaje, cómo se generan, cómo se conectan, etc. Y el uso que un individuo o comunidad lingüística pueden otorgarle, considerando su relativa estabilidad en el tiempo y las grandes

modificaciones que sufre por el mismo, frente a qué instituciones sociales está involucrado y a las que debe responder, la capacidad de un hablante que tiene para inferir, argumentar y distinguir las ambigüedades de los contextos gramaticales y su capacidad para aprender nuevas formaciones.

La lingüística sí le da un espacio a las fallas de acuerdo a Hernández (2013), a los lapsus, a los errores y a las ambigüedades del lenguaje, pero en el sentido de que estos permiten generar una nueva semiosis, evolucionar y en esa evolución distinguir los niveles mencionados y sus conexiones, diferenciando los errores generados a nivel de fallas orgánicas. Varios lingüistas como Frei, Fromkin, Jackendoff trabajan los aspectos del error y los lapsus, sin embargo, el único espacio que reciben son el ya mencionado. Y esto, precisamente, es lo que diferencia radicalmente al psicoanálisis de la lingüística.

Finalmente, el giro del signo lingüístico de Saussure al algoritmo producido por Lacan, otorgándole la primacía al significante produce efectos que la lingüística y psicología, en general, no logran desarrollar. Uno de esos efectos es la inscripción estructural al orden simbólico, al lenguaje que produce el significante y, con esto, develar al sujeto como un ser faltante desde su inicio.

Un sujeto que va en búsqueda de esa falta, falta misma que está presente en todo el discurso del sujeto, en donde el error, la falla, el lapsus lingüístico, aparte de dar cuenta de una organización lingüística, da cuenta de los efectos de sentido de la realidad subjetiva del sujeto, de la construcción interna de su deseo, del goce estructural que lo invade en un cuerpo marcado por el significante y entregado a un Otro.

Por supuesto que podemos comprender el error lingüístico como tal, pero en análisis lo que surge en ese lapsus, en esa falla, en el error, en el silencio, en el vacío, es la pregunta del por qué, precisamente, dentro de todo ese discurso aparece eso en esa palabra, en esa conexión o desconexión lingüística, por qué está ahí, qué sentido, así gramaticalmente o semánticamente, haga sentido o no lo haga, (como en Chomsky, “Colorless green ideas sleep furiously” [2004, p.15]). Lo que interesa es el sentido estructural y existencial que esa falla hace y ejerce en el sujeto, los efectos que generan y devienen en sí como síntoma y como lazo social. Este es el trabajo que Lacan construye con el concepto de significante.

Esta demarcación es importante porque separa epistemológicamente al psicoanálisis de la lingüística. Para el psicoanálisis, el sujeto representa lo que está alienado al Otro. Éste no sabe que su síntoma es un sustituto de satisfacción pulsional del objeto perdido, el yo cree tener sentido y posesión de todo, pero no sabe que también el lenguaje se le escurre en cada discurso y es en estas fallas en las que deja ver la operación del inconsciente.

Lacan fue alguien muy singular y excepcional en el ámbito intelectual. No obstante, para poder formular su teoría debió trabajar y recorrer varios campos de estudios, entre esos la lingüística. Debió hacer una revisión exhaustiva de las lecturas y de relecturas de los lingüistas antes de su tiempo y a sus contemporáneos y se les adelantó. Para edificar lo suyo, debió hacerlo desde otros campos como modelos para lograr armar sus bases y así poder diferenciarse y avanzar hacia alcances diferentes.

3.5 Recomendaciones

A modo de recomendación, se alienta a todos los lectores que se encuentren con este trabajo a continuar ampliando el conocimiento plasmado en estas páginas, puesto que las sucesivas revisiones teóricas acerca de este tema lograrán afinar mucho más lo limítrofe entre estas teorías.

Se recomienda ahondar y analizar en diversos cuerpos teóricos, porque solo así se puede producir un verdadero trabajo de investigación y avance. Lo que al inicio puede parecer un absurdo comparativo, puede producir un gran valor teórico que se extiende con nuevas lecturas.

Asimismo, se recomienda leer y releer, tanto a los autores lingüistas clásicos, como a los contemporáneos, y no dejarlos de lado, en tanto que así se puede comprender el origen de los encuentros y las diferencias. Especialmente, leer el trabajo de Peirce, quien proporciona una aproximación diferente del signo lingüístico saussureano y que es reformulado también en Lacan.

Se exhorta impulsar investigaciones de carácter teóricas y no permanecer totalmente en el método cuantitativo, en tanto que, es a través de las revisiones teóricas, de la rigurosidad en el análisis axiomático y lógico de los postulados que la práctica puede sustentarse. De este modo, ubicar al aporte cualitativo como una gran herramienta para mantener una teoría, y asimismo, ponerla a prueba.

Se recomienda no quedarse estancados en la comodidad teórica que generan los resúmenes de algunos libros, ir hacia el sentido de continuar descubriendo lecturas y realizar relecturas sobre todos los campos, en los que el alcance del psicoanálisis puede llegar, cuestionar todo y destruir todo para, así, poder crear, generar y producir nuevas trascendencias para este ser y este sujeto libre y condenado al lenguaje.

REFERENCIAS

- Alonso A. (1945) *En Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Lossada.
- Arrivé M. (2007) *Lingüística y psicoanálisis*. México: Siglo XXI.
- Bizarro. (2014) En *Diccionario de la Real Academia Española*. Recuperado de:
www.rae.es
- Benveniste É. (1997) *Problemas de lingüística general*. Tomo I. México: Siglo XXI.
- Benveniste É. (1999) *Problemas de lingüística general*. Tomo II. México: Siglo XXI.
- Chomsky N. (2004) *Estructuras sintácticas*. México: Siglo XXI.
- Chomsky N. (2009) *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Barcelona: Gedisa.
- Corominas J. y Pascual J. (2008) *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid: Gredos.
- Dor J. (1984) *Introducción. La lectura de Lacan*. Barcelona: Gedisa.
- Estructuralismo (2009) En *Diccionario Enciclopédico*. Recuperado de:
www.diccionarios.com
- Feyerabend P. (1989) *Problemas del empirismo*. México: Siglo XXI.

- Freud S. (1991) *La interpretación de los sueños*. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1991) *Psicopatología de la vida cotidiana*. Tomo VI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1991) *Tótem y tabú, y otras obras*. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1991) *Moisés y la religión monoteísta, esquema del psicoanálisis, y otras obras*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1992) *Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1992) *Trabajos sobre metapsicología, y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1992) *Más allá del principio de placer, psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S. (1992) *El porvenir de una ilusión, el malestar en la cultura, y otras obras*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández A. (2013) *El error lingüístico, un elemento básico para los especialistas del lenguaje*. España: UT. Revista de Ciènces de l'Educació.
- Hiller, E. (2008) *Relaciones sociales y estructura*. California: Harper&Brothers.
- Individuo. (2014) En *Diccionario de la Real Academia Española*. Recuperado de: www.rae.es
- Joseph, J.E. (2012) *Saussure*. Oxford: Oxford University Press.
- Kuhn T. (2009) *La estructura de las revoluciones científicas*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan J. (1983) *Seminario II. El yo en la teoría de Freud. Introducción al gran Otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (1984) *Seminario III. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (1984) *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan (1984) *Seminario VI. El deseo y su interpretación. Clase 3 del 26 de Noviembre de 1958*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan (1984) *Escritos I. Subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. México: Siglo XXI
- Lacan J. (1987) *Seminario XI. Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (1993) *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Lacan J. (1998) *Seminario XX. Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (2007) *Seminario XXIII. El sinthoma*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (2012) *Seminario XIX...O peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (2012) *Otros escritos. Joyce el síntoma*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche J. y Pontalis J. (2004) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lecerclé J. (2006) *A Marxist Philosophy of Language*. Leiden: Brill.
- Peirce Ch. (1958) *Collected Papers*. Cambridge: Harvard University Press.
- Rimbaud A. (1999) *Obra poética y correspondencia escogida*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Saussure, F. (1945) *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Lossada.
- Sauval M. (2007) *V Jornadas de Investigación de la Maestría de Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy*, realizadas el 14 de abril de 2007 en la sede de Bolívar 1163, en la Ciudad de Buenos Aires
- Sedley, D. (2003) *Plato's Cratylus*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sujeto. (2014). En *Diccionario de la Real Academia Española*. Recuperado de: www.rae.es
- Teoría. (2015) En *Oxford English Dictionary*. Recuperado de: www.oed.com

Trull T. y Phares E. (2002) *Psicología clínica: conceptos, métodos y aspectos prácticos de la profesión*. México: Thompson.

Voloshinov V. (1973) *Marxism and the philosophy of language*. New York: Seminar Press.

Voloshinov V. (1976) *Freudianism: A Marxist Critique*. New York: Academic Press.